

ॐ

DHARMA

REVISTA TEOSOFICA
PUBLICADA POR LA RAMA "VENEZUELA"
CARACAS VENEZUELA



LA SOCIEDAD TEOSOFICA

fundada en New York en 1875 por

H. P. BLAVATSKY

La Sociedad no se cree capaz de establecer inmediatamente la fraternidad universal. Sólo se propone crear el núcleo de semejante cuerpo. Muchos de sus miembros creen que el conocimiento de las religiones y de las filosofías del mundo revelarán, junto con el principio común y fundamental que las unifica, esa "identidad espiritual de todas las almas con la super-alma", lo cual constituye la base de la verdadera fraternidad; y muchos también creen que la comprensión de las fuerzas más sutiles de la naturaleza y del hombre, confirmarán la misma idea.

Su organización es enteramente antisectaria, sin credo, sin dogma y sin ninguna autoridad que la enseñe o imponga. Tampoco se hace responsable de las opiniones de sus miembros, de quienes se espera que observen hacia las creencias de los demás la misma tolerancia que desean para las propias.

Se adoptó, por la Convención de la Sociedad, celebrada en Boston en abril de 1895, la resolución siguiente:

"La Sociedad Teosófica, por sus delegados y miembros reunidos en Convención, proclama, por este medio, su fraternal voluntad y sentimientos benévolos hacia todos los estudiantes de Filosofía y miembros de las Sociedades Teosóficas, como quiera y donde quiera que se encuentren. Y así mismo proclama y afirma, con las referidas personas y sus organizaciones, su sincera simpatía y acuerdo en todos los asuntos teosóficos, excepto en lo que respecta a gobierno y en punto administrativo; y los invita a su correspondencia y cooperación.

"Ofrece espontáneamente sus servicios, y envía sus más fervientes saludos, a todos los hombres y mujeres de cualquier casta, color, raza y creencia religiosa, que aspiren a la adquisición de la paz, de la cultura, de la simpatía desinteresada de los unos a los otros, del conocimiento del hombre y de la naturaleza, para la elevación y el progreso de la raza humana.

"Declarando su confraternidad, une su mano a la de todas las religiones y cuerpos religiosos, cuyos esfuerzos se dirijan a la purificación del pensamiento del hombre y al mejoramiento de sus costumbres. Y tendrán gratitud, a las sociedades científicas y a los investigadores de la sabiduría en cualquier terreno, y sean cuales fueren los medios que consideraren justo seguir, por aquellos descubrimientos y revelaciones de la Verdad que sirven para proclamar o confirmar una *base científica de la ética*".

Y finalmente, invita a formar parte entre sus miembros a todos los que, buscando en adelante vida más elevada, desean conocer el *sendero* de ella.

SUMARIO

	Página
La Ética de la Investigación Psíquica, (<i>The Theosophical Quarterly</i>).....	241
Por qué me hice Teosofista, <i>Wm. H. Lyons</i>	249
El Canto de la Vida, por <i>Charles Johnston</i>	253
Pensamientos, <i>Doctor Hércules Maldonado</i>	261
Los Adeptos y la Ciencia Moderna, <i>W. Q. Judge</i>	263
Los Misterios del Cristianismo (Conclusión), <i>Phiquepal d' Arismont</i>	269
El Porvenir, <i>W. Q. Judge</i>	273
Ecos y Notas	278
Preguntas y Respuestas	286

La Oficina Central y Local de la Rama "Venezuela" de la Sociedad Teosófica

sita Norte 3, número 38, Canónigos a Esperanza,

está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10, y a sus reuniones, estudios, & puede asistir todo el que lo desee, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.—Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son de libertad y cultura bien entendidas.

Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.

SE INVITA a los miembros a enviar preguntas, o respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana del papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida. Diríjanse las comunicaciones al Norte 3, número 38, **Salón de la Rama "Venezuela." CARACAS.**

DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3, NUMERO 38.

CARACAS



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

SEGUNDA EPOCA

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".

H. P. BLAVATSKY.

A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.

Año II

Caracas: julio de 1914.

Núm. 6.

LA ÉTICA DE LA INVESTIGACIÓN PSÍQUICA

(*The Theosophical Quarterly.*)

El 12 de febrero del presente año fue electo Henry Bergson miembro de la Academia francesa. Recibe, de esa manera, uno de los más grandes honores que le restaban aún. Verdadero triunfo de puro pensamiento ha sido su vida. Ningún nombre aparece más alto y universalmente celebrado entre los escritores y hombres de ciencia, que el de él. Cuenta con discípulos entusiastas y devotos en todos los países. Un colaborador de *The Theosophical Quarterly* desempeña la labor sistemática de probar la relación entre el pensamiento de Bergson y el pensamiento filosófico desde los primeros días de Grecia, y en este sentido nos ofrece una clara perspectiva de éxito interesante; pero la influencia dinámica del pensamiento del famoso filósofo reaccionará sobre la mentalidad del mundo por muchos años venideros. Creadores de reglas maestras, crean hasta las facultades por las que se les juzgan; y sólo la sanción del tiempo puede justamente erigirles su monumento.

Copiamos, mientras tanto, de *The New York Times* un sugestivo comentario sobre la elección de Bergson para la mencionada Academia.

“ A fines de 1912 — dice — uno de los diarios de Londres preguntó a algunas personas, más o menos eminentes, cuál de los acontecimientos del año último consideraban como el más importante. Se esperaban muchas de las respuestas que se leyeron, como la conquista del aire, el descubrimiento del radium, y otros obvios triunfos del hombre sobre la materia. Un personaje fue, no obstante, original. Colocó entre los sucesos de mayor valor de 1912 el redescubrimiento del Alma por Bergson.”

Es esta frase suficientemente notable por sí misma. El comentario continúa así: “ En el año citado M. Bergson, por primera vez, llegó, en forma prominente, a ser conocido de los pueblos de habla inglesa, visitó a Londres y después a los Estados Unidos, celebrando conferencias sobre su sistema filosófico y la filosofía en general. Sus trabajos produjeron en Inglaterra lo que sólo se describe como una especie de furor; y aunque sus admiradores en América no resultan, en apariencia, tan numerosos como en aquella nación, se muestran, de igual modo, llenos de entusiasmo. No ha escapado a la crítica severa. Cierta escritora de una revista inglesa lo acusó de violar muchas de las reglas fundamentales de la lógica, de ignorancia de los principales axiomas de filosofía; pero surgió victorioso de toda esa crítica, y hoy se le califica como el primer metafísico de Europa.”

Viene ahora lo que para nosotros constituye la parte más interesante del comentario: “ El curioso caso de la filosofía de Bergson consiste en que, a la par de la de Schopenhauer, no revela más originalidad que la que revelaría el Buddhismo o el Vedantismo si, por primera vez, se enseñaran en el Occidente. Schopenhauer obtuvo sus ideas de ese inexhausto depósito de la metafísica, nombrado la India, aunque nunca la admitió. Bergson ha hecho la misma cosa, aunque en manera más honrada. En resumen, su doctrina establece el hecho de que el principio vital se manifiesta por medio de la materia; y de este modo entra vivamente en conflicto con los monistas y las conclusiones de las escuelas darwino - haeckelianas.”

Semejante concepto es digno de nota, pero injusto en lo que toca a Schopenhauer, por cuanto este autor escribió con todo entusiasmo sobre los Upanishads, centro y fuente de la sabiduría india. De ellos dijo: “ Han sido mi consuelo en la vida y serán mi esperanza en la muerte.” No se puede expresar más, ni reconocerse más generosamente una deuda.

Cuando se habla de la elección de Bergson para la Academia francesa, nos viene a la memoria otro aspecto de su obra, juntamente

con otro triunfo personal: que en 1913 ejerció la Presidencia de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, Sociedad que en recientes años ha desempeñado una notable tarea en sus exploraciones por los dominios de la muerte. Delante de ese hecho diríamos con dificultad dónde se halla la parte más descollante o significativa: que la referida Sociedad, compuesta de ingleses altamente distinguidos, hubiese nombrado a un francés de Presidente, o que Bergson admitiese el cargo. Ambos hechos ponen de manifiesto los signos del tiempo, y en síntesis, nos sugieren un concepto más acabado acerca de la investigación psíquica, y con especialidad, de su aspecto ético. Demos una mirada general sobre este campo de estudio, tal como se encuentra hoy; y al efecto, hagamos referencia a dos artículos: a un reciente estudio publicado en *The Hibbert Journal*, sobre lo que se llaman "hechos no evidenciales," esto es, declaraciones que, obtenidas por medio de psíquicos, parecen arrojar luz sobre las condiciones generales del más allá, pero que, al mismo tiempo, no bastan a establecer la identidad personal de los que se sospechan que se comunican; y a un segundo escrito, publicado en el presente número de *The Theosophical Quarterly*, donde se cita una serie de cartas interesantes, las cuales se suponen que provienen de un grupo de individuos muy conocidos, o sea, la primera generación de los zapadores de la investigación psíquica, todos ellos, a la fecha, del otro lado de la muerte. Podrían estas cartas llamarse "de Hades," empleando este término en el sentido griego, de morada de los que han partido. Como quiera que pensáramos de ellas, constituyen una de las series más extraordinarias de cartas que se han impreso.

Antes de comentar todo este asunto, expongamos un reciente documento que se cree dictado, en los primeros días de este año, por la personalidad psíquica de W. T. Stead, muerto en el hundimiento del *Titanic*: "Es un hermoso homenaje — dice la supuesta sombra de Mr. Stead — infinitamente conmovedor y sentido, el riego de flores sobre las aguas donde tantos se hundieron en el gran desastre. Hermosa la concepción y la ejecución del tributo; aun más, más grato al alma sería el reconocimiento de que, los que nos perdimos en las heladas profundidades, somos capaces — previa oportunidad o invitación — de vivir de nuevo, en un más alto sentido espiritual, con nuestros amigos y queridas personas que dejamos. Pero ¡ay! están muy densas las nubes de incredulidad, y lo doloroso de todo es que los vivientes crean esas dificultades que impiden la intercomunicación. Anhelan "el contacto con las manos desaparecidas," y no obstante ello, no aceptan ni la posibilidad, ni siquiera, la probabilidad de ese contacto. Se cubren los ojos, diciendo: "Nó, nó

Os necesitamos; pero no volváis." Esa es la actitud de la humanidad, no sólo hacia nosotros, a quienes se rindió el hermoso homenaje, también a los innumerables millones de hombres que han venido más acá del sepulcro. Y cuán lamentable es todo ello! — Stead."

Procuremos ver el significado de lo que precede. Y, para el propósito de este comentario, permítasenos dar por sentado que entre mucho de lo que podemos llamar vacío en estos mensajes, existe, sin embargo, un residuo de genuino metal; y aplazando, por los momentos, la importante cuestión de la justicia moral del proceso, inquiramos cuál es el valor de la experiencia. Lo primero que se nos presenta claramente es el poco caso que los espíritus que se comunican, si podemos llamarlos así, hacen de la muerte, del hecho de haber muerto, que, a la vista, nos parece tan formidable. Todos se burlan del suceso, lo consideran como un viaje indiferente, como el paso de una estación a otra. Todo da a entender que, en el sentido de la identidad personal, el cuerpo físico vale mucho menos de lo que creemos generalmente; la parte psíquica es mucho más vital.

Después de la muerte, Myers y Hodgson continúan siendo Myers y Hodgson hasta la punta de los dedos. Nos hallamos mucho más seguros de su identidad continuada que de una continuación de forma. Myers es, conforme fue, impulsivo, sensitivo, poético, antes que mórbido, quizás. Y así, con sus líneas extraordinarias, Shakespeare, los Brownings, Horacio, Tennyson. William James — siempre que sea él — aparece lúcido, intenso, juicioso, severamente crítico consigo mismo; se manifiesta clara su memoria sobre los acontecimientos pasados, pero de ninguna manera abarca los detalles más que nosotros. Su memoria no se intensificó ni se aclaró con la muerte, ni tampoco se obscureció. Demuestra igualmente lucidez cuando declara que los vivientes no reconocen el testimonio de los muertos ni sienten su presencia, y que una de sus grandes barreras es el tono definido y seguro con que afirman que se encuentran solos. Si conocieran la cercanía y estrecha proximidad de los que murieron, estuvieran en paz.

Si lo dicho resulta genuino, como lo hemos supuesto, queda, por lo tanto, justificado de un todo Henri Bergson en su espléndidamente poderoso análisis. Siguiendo a la memoria, no como un contenido del cerebro, sino como un simple poder psíquico, hasta el momento de la muerte, y encontrándola en este punto rica y completa, nos asiste el derecho de creer — dice él — que permanece asimismo llena y completa " al otro lado de la muerte."

Entonces, la identidad personal aparece continua y plena. No en el sentido de un simple recuerdo y reflejo de la vida, sino de un verdadero crecimiento: nuevos propósitos, nueva observación, nuevo conocimiento, fluyendo de lo anterior, del capital llevado al nuevo país por el colonizador aventurero. No un mero eco de la conciencia, sino vital, creador, lleno de fuerza y voluntad.

Hé aquí un esfuerzo, además, concertado con otros de la "banda de hermanos:" tanto Myers como William James (si realmente fueren ellos), hablan de la presencia y experta ayuda de Hodgson en "exponer por medio de luces," por decirlo así, lo que ellos quieren expresar. Y de igual manera, Gurney rompe en una ardiente súplica para que no se continúe perturbando a Myers en los primeros días sensitivos después de su muerte. Y estos colonos del reino de ultratumba también están conscientes del trabajo de los que permanecen en la tierra, de manera que Myers habla de la nueva labor de su "querido compañero" Sir Oliver Lodge, en tanto que James lo ve, y declara que es más seguro en su obra, más inequívoco que en la propia. Opina que Lodge lo distingue una fe y una paciencia sorprendentes, y como investigador revela las condiciones de previsivo y cuidadoso.

Se hallará en estos mensajes — si tomamos interés por esa rara y fecunda idea de la cuarta dimensión — mucho dato que evidencia que los que envían sus pensamientos están en condiciones que podemos llamar cuarto-dimensionales. Por una parte, tenemos la curiosa anulación de la distancia, desde luego que Myers dicta, a la vez, a un secretario en la India, a otro en Argelia, a un tercero en América; y por la otra parte, el mismo Myers nos habla de haber visto a sus colegas sobrevivientes en una reunión, tan planos como figuras de cartulina a través de una niebla gris. Exactamente la expresión esperada para describir una figura vista desde un espacio de cuatro dimensiones.

Abordemos, ahora, los aspectos más serios de la cuestión. ¿Qué influjo e importancia tiene todo esto en nuestra vida, nuestros méritos, nuestra conducta? Una vital aplicación sugieren dos sentencias de aquellas cartas. La primera, de William James, la he citado ya, tocante a la barrera que se interpone entre los muertos y los vivos. "Muchas veces, en casa — dice — me he sentado a la mesa desde que llegué. Este es uno de los puntos más difíciles de aceptar mi esposa. Siempre manifiesta allí el tono seguro y definido de hallarse sola. Si conociera mi estrecha proximidad estaría tranquila." Este es el punto: Si conociéramos su estrecha proximidad estaríamos en paz.

La segunda se lee en una carta de Myers: "No existe un error más deplorable que imaginarse que el llanto por los muertos aumenta su estado de felicidad. Ellos desean amor; pero no lamentación." ¿Necesitamos recalcar la significación de estas dos sentencias? Si transmiten, en verdad, mensajes, entonces su aceptación cambiaría toda la faz de la vida, trayendo luz a nuestras sombras y mitigando nuestra intolerable tristeza. De esa manera, realizaríamos gradualmente la solidaridad de los dos mundos, lo visible y lo invisible; en cierto sentido vendríamos a vivir, a la vez, en ambos, así rasgando poco a poco el velo de la muerte, y dominándola.

Hasta aquí el lado afirmativo, que hemos convenido en aceptar, a propósito de podernos dar cuenta de su significación y alcance. Vamos, ahora, al otro lado: a la profunda desconfianza de, si siendo cierto cuanto queda expuesto, también es sabio y correcto. ¿No habrá una honda profanación en la manera de escudriñar la muerte, y en la atmósfera que la rodea? Recuérdese la sentencia citada de Edmundo Gurney, muerto hace veinticinco años: "Yo he venido para rogar a ustedes por mi amigo, para implorar a ustedes que no lo llamen más. En cada sesión: qué traigan a Myers, qué llamen a Myers!... Por Dios, no lo llamen más." Francamente, uno encuentra horrible esta violación de las más augustas santidades, y ninguna imaginada adquisición de sabiduría aminora la terrible ofensa a la ley espiritual. En nuestras más puras intuiciones, la inmortalidad y la santidad se hallan indisolublemente unidas; pero en los asuntos expuestos no existe pensamiento alguno de santidad, nada, a no ser una grotesca y repugnante curiosidad, tan vulgar como una exhibición de baratijas.

¿No existen, como lo demuestran las mismas cartas, los peligros más serios para aquellos que son llamados de su descanso? Según indicios, los del más allá del sepulcro pasan primero por condiciones de tranquilidad, de gestación, durante las cuales se inicia un desarrollo sensible y lento, hacia lo superior, hacia más sugestivos estados futuros, en un gradual levantamiento de lo psíquico a lo espiritual, de lo terrestre a lo celeste. En este caso, habrá nada más espantoso que pensar que nuestra inquisidora curiosidad puede producir lo que llamaríamos un aborto espiritual, un resultado parecido a la destrucción o aplastamiento de una crisálida? Qué de monstruosidades no se consumirían de esa manera en el otro mundo? Dice Myers en la sentencia citada: "En mi presente estado los pensamientos me duelen más de lo que podrían dolerme en la vida las heridas o quemaduras." Pensad, pues, vosotros en el riesgo de infligir heridas o quemaduras a lo que, tal vez, representa

una especie de embrión espiritual pasando por ese período tan críticamente peligroso de la gestación.

Sir Oliver Lodge y sus colaboradores, en quienes, desde luego, suponemos un abnegado y puro amor por la verdad, quizás repliquen declarando que, aun en el caso de que aquellos peligros resulten tan reales y formidables como los sugerimos, hay ocasiones, sin embargo, en que importa afrontarlos, hasta ocasionando los dolores más serios; que, de igual modo, la cuchilla y el cauterio son empleados por el cirujano, y sabia y justamente. De manera que los señores de ultratumba se considerarían como haciendo el sacrificio de su propio bienestar, y quizás de su propia vida espiritual, para que los que aquí vivimos todavía, aprendamos las elevadas verdades de la inmortalidad.

A defensa tan conmovedora y elocuente, se oponen dos observaciones. La primera, que para nosotros tiene una poderosa significación que no tuvo para sus primeros oyentes, es que: "si no oyen a Moisés ni a los profetas, no se convencerán ni aun cuando alguno se levante de la tumba." Estas investigaciones no llevan ninguna convicción a los escépticos, si bien afirman el pensamiento de los que ya creen. Si existe, como lo sabemos, una creciente creencia en la inmortalidad es a despecho de aquellas investigaciones psíquicas antes que a causa de ellas. Se traduce, más bien, como una parte de ese crecimiento de la vida espiritual de nuestro tiempo, que influye sobre todas las ciencias desde la química hasta la filosofía; sobre toda la religión desde la conducta práctica hasta la abstrusa teología; sobre toda la vida desde las relaciones más directas con nuestros semejantes hasta nuestra concepción del Todo Misericordioso. Para hablar con toda franqueza, aquellas investigaciones, con sus departamentos de publicidad y anuncios sensacionales, han vulgarizado antes que robustecido el pensamiento de la inmortalidad, porque fundamentalmente tratan de promover una creencia en la inmortalidad divorciada de la idea de santidad.

Allí late el corazón del asunto. Si hay un conocimiento cierto y legítimo de la naturaleza de la muerte, del más allá, del progresivo desarrollo del alma misteriosa que lucha sumergida en medio de nuestras vidas terrestres, no queda duda, entonces, de que ese conocimiento proviene de sólo una manera: de la iluminación y el crecimiento espiritual adquiridos por la obediencia a la ley oculta, por la santidad que radica en la obediencia. La vista corporal, el mecanismo exquisitamente delicado del ojo con su misterioso poder de visión, viene de un largo desarrollo, desarrollo de poderes logrado por una estricta obediencia de la ley, en un plano o mundo donde no reina sino la muerte como

castigo de la desobediencia. Y si esto ocurre en cuanto al ojo físico ¿podremos creer que se obtiene más fácilmente la visión espiritual, que se halla menos sujeta a la ley, a la ley más profunda, más exigente que rige en lo hondo del corazón, en la forma que la ley natural rige en los poderes de la vida orgánica? ¿Habrá algo tan repulsivo y vulgar como creer que esos comunicantes autómatas, a menudo a ciegas, arrebatados, presa de retorcimientos dolorosos y gestos espasmódicos, sean los representantes auténticos de la visión espiritual?

Tenemos, pues, la conciencia, la arraigada convicción, de que no obstante de que los investigadores laboran de manera ardiente, sincera, abnegada; no obstante de que como convenimos, mucho de lo que anotan como comunicaciones de ultratumba son, en verdad, auténticas, sin embargo, toda esa ciencia de los muertos puede ser perjudicial en su línea de progreso, sumamente peligrosa para los que se comunican del más allá. Y los que reciben las comunicaciones, en vez de importar conocimiento y luz, se exponen a que ellas sirvan de extravío a su visión de la ley del espíritu.

Es presumible que esa banda singular de investigadores psíquicos, reunidos ahora, al parecer, en su nuevo plano, no representen de ninguna manera el proceso justo y normal de la vida después de la muerte. En virtud de su poderosa inclinación, energía acumulada e ímpetu psíquico, de sus deseos y mentalidad concentrados en la *visualización*, por decirlo así, de las cosas *post-mortem* ¿no habrán formado, en torno de sí, una atmósfera extraña y excepcional, precisamente en un plano donde, parece cierto, los pensamientos son poderes plásticos y creadores? Su posición de comunicantes ¿no será un aspecto de ese estado anormal, algo no determinado ni permitido por la ley oculta, y por lo tanto, causa fundamental de error antes que de verdad?

Pero existe, por otro respecto, un modo de progreso sano y verdadero, no por medio de la explotación *cataléptica* o mecánica de las facultades psíquicas anormales de otros, sino por medio de nuestro crecimiento lento y regular, y la evolución en nosotros de poderes únicamente espirituales. Bien puede suceder que la vida espiritual, descansando en la santidad y fundada en una incesante obediencia de corazón y de acto, no esté — para adquirir el conocimiento de las cosas más profundas de la vida y de la muerte, — limitada a la dialéctica y estudio de los testimonios de lo pasado. Aquella virtud hará más que establecer simples reglas de conducta entre los hombres; enriquecerá, ciertamente, y desenvolverá toda la naturaleza moral y espiritual, aportando a la luz facultades y poderes legítimos, por medio de los cuales seremos capaces,

en el grado de la vida y de la conciencia espiritualizadas, de entrar en el conocimiento, justo y auténtico, de lo que ahora yace oculto en el gran más allá. Si consideramos este asunto en la debida forma ¿qué son los referidos testimonios sobre que ahora disertamos, las antiguas historias de fe, sino el fruto de un desarrollo sano y espiritual, del tesoro honestamente ganado por aquellos que penetraron por la puerta verdadera, y no de manera furtiva y clandestina? ¿No tenemos la elevada autoridad del siguiente hecho: que sólo podemos conocer la doctrina conforme vivamos la vida?



Por qué me hice Teosofista.

Wm. H. Lyons.

Por primera vez tuve noticias de la Teosofía en un suelto de un periódico sobre cierta sociedad formada por una condesa rusa, Henry S. Olcott y W. Q. Judge. El periodista entendió mal, o desnaturalizó los hechos, aunque para ese tiempo yo carecía de datos para conocerlos. Algunos años más tarde un amigo compró un ejemplar de *Isis sin Velo*. Recorrimos de una ojeada el primer tomo, y a nuestro juicio, lo declaramos un montón de hojarasca mística, y como tal lo abandonamos.

No recuerdo época alguna de mi vida en que no me haya dominado un deseo insaciable de saber. Unía a una tendencia mística una lógica demanda de pruebas. Esa inclinación me llevaba a una extremada severidad de examen y evidencia. No aceptaba nada fundado en autoridad, y tenía por incierto lo que careciese de pruebas. Para mí la "revelación" sin la demostración del testimonio era sólo un cuento de hadas. Cuando muchacho la lectura de la Biblia me movía a interrogarla en vez de aceptarla. El milagro en el sentido de suspensión o violación de la ley natural era para mí una patente falsedad. Más adelante fue cuando llegué a comprender que consistía en la aplicación inteligente de las fuerzas naturales por una conciencia superior que obra en armonía con la ley en vez de violarla, aplicación llamada milagrosa sólo por no ser comprendida por la generalidad.

Sospecho que un relato de mis muchas divagaciones en busca del origen del hombre, del por qué de su presente, cuál de su destino, revelaría tan sólo una experiencia comparable a las de otros miles que

han ido por el mismo camino tropezando a la opaca lumbre, extraviados por fuegos fatuos, aguijoneados por las zarzas del camino, hundidos en el barro, por la obscuridad sorprendidos, por las dudas desalentados, y anhelando la luz.

El elemento lógico me llevó peligrosamente casi al materialismo y mi tendencia mística me sostuvo en la creencia de una vida futura, de la inmortalidad. Pero no obstante de no dudar de esta creencia, inquiría pruebas lógicas, bastante a satisfacer a la razón. Empecé a asistir con regularidad a la iglesia; pero se erguían a mi presencia la Revelación y la Fe, y no pude ver sino escasa demostración en la enseñanza del Domingo, y me precipité fuera. Ingersoll me deslumbraba, y el agnosticismo no me parecía sino un camino que daba remate sobre un tremedal. Consideré, entonces, las pretensiones del espiritismo, las examiné y deseché. Siguióse después un período de vaguedad, un estudio inconstante de moral y ética; y más adelante, otro ensayo acerca del espiritismo, y entré como miembro en una sociedad espiritista, creyendo estudiarlo mejor con el ensayo directo.

Hizo por mí el espiritismo lo que ningún otro culto. Me sugirió pruebas de algo más allá de esta vida, algo sin carne. Si sus pretensiones eran ciertas, despojaba la tumba de sus terrores y consolaba a muchos dolientes. Me disgustó, sin embargo, que la mayor parte de sus sectarios eran "cazadores de pruebas," buscadores de gente a quien decir la buena-ventura a precios baratos. Muchos embaucaban y urdían trampas; pero algunos escogidos figuraban de serios, honrados, fieles creyentes en la filosofía. El estudio y examen de las pretensiones expuestas me convencieron de la existencia de fuerzas y poderes, fuera del hombre, con los cuales valía la posibilidad de comunicarse mediante ciertas condiciones y circunstancias; pero nunca logré precisar lo que eran estas fuerzas. Algunas, acaso, "espíritus" de los que habían existido en esta tierra bajo forma humana; ótras, tal vez, no. La afirmación resultaba muy fuerte, y las pruebas demasiado débiles para convencer en modo alguno.

Yo había leído *Strange Story* y *Zanoni* de Bulwer. Torné a leerlos, y descubrí en ellos mucho más que antes. Algunas de las teorías avanzadas en dichos libros me parecieron plausibles y dignas de examen. Había oído hablar, pero sin interés alguno, de madama Blavatsky y de la Sociedad Teosófica, en los periódicos. Sin embargo, en alguna parte o de algún modo, había yo sabido que la reencarnación era un concepto teosófico, que yo juzgaba razonable.

Dos amigos míos que abandonaron la sociedad espiritista al mismo tiempo que yo, asistieron a una reunión de la Sociedad Teosófica

en la ciudad de la que la nuestra era un suburbio. Me insinuaron que los acompañara a la próxima reunión. Les pregunté qué pensaban de las enseñanzas, y me respondieron que no le encontraban mucho de atractiva, pero que sí interesaban y que sus miembros parecían inteligentes y agradables. Pocas semanas más tarde, visité con ellos la Sociedad, llegando a tiempo que se abría la sesión de la noche. El Presidente comenzó por exponer los objetos del Cuerpo: "Formar el núcleo de una fraternidad universal... el estudio de las religiones, de las filosofías y ciencias antiguas y modernas... la investigación de las leyes no explicadas de la naturaleza y de los poderes psíquicos latentes en el hombre." A este resumen siguió la sentencia: "No hay religión más elevada que la verdad."

Todas estas cosas me llamaron fuertemente la atención. Era lo que yo había estado buscando, sin encontrarlo nunca. Me sorprendí e interesé mucho más cuando el Presidente expuso la ausencia de todo credo, y que cualquiera se hallaba en condiciones de ser electo miembro, siempre que estuviese de acuerdo con los objetos de la Sociedad, y quisiera conceder a los demás la misma tolerancia que pretendiera para sí.

En la Rama a cuya reunión asistí, se acostumbra que un miembro escriba sobre una materia, dentro de los límites proclamados como fines de la Sociedad, después de lo cual queda abierta la discusión a todos los presentes, sean miembros o no. El asunto del escrito para aquella noche versó sobre la Reencarnación. Escuché con todo interés. Después de discutirse un rato, dirigí algunas preguntas que se me contestaron grata, benévola y claramente. Aquella noche aprendí mucho acerca de la Reencarnación.

Me expliqué las aparentes desigualdades de los hombres, los sufrimientos de los meritorios, la elevación de los abyectos, los triunfos del vicioso, los reveses de la justicia, si era cierto que había más de una vida, y que la presente significaba no más que un día de la eternidad. Si en el plan del mundo habían de triunfar la razón y la justicia, la reencarnación se presentaba como una necesidad. Me pareció razonable esa doctrina. Más tarde vine a ver que era inevitable. Cuando se suspendió la reunión, mis amigos me dieron a conocer a algunos de los miembros. Inquirí por qué no se hizo la colecta: "Nuestra regla — se me contestó — es que nada cuesta oír las enseñanzas teosóficas. Los miembros pagan todos los gastos." Propuse mi entrada, por cuanto no quería aceptar beneficios sin correspondencia. Se me aceptó, y llegué a ser un asistente puntual.

Me llevé a casa un libro de la Biblioteca y lo leí. Definía el libro un conjunto de opiniones teosóficas. Si ciertas o no, yo no me sentía capaz de juzgarlo. Aunque sin aceptar, tampoco rechazaba, en reserva de conocer más sobre la materia. Los artículos leídos en cada reunión y las discusiones que se promovían, siempre me interesaban, no obstante de que mucho de ellas ni seguía ni comprendía. Pero cada una y todas algo me enseñaban. Compré un ejemplar del *Bhagavad Gita*, llamado por Edwin Arnold el "Canto Celestial." Ninguna dificultad encontré en comprender y aceptar su lectura. Nada me pareció extraño, antes bien natural, hermoso e inspirador. Ofrecía la verdad en forma clara, brillante, bella, no pareciendo cosa nueva, sino cosas familiares bajo una luz nueva que a un puñado de guijarros convertía en fulgurantes piedras preciosas. A este libro siguió *La Voz del Silencio*. Mucho me gustó y enseñó. Parecía despertar el pensamiento, insinuar más bien que ilustrar, inspirar más que enseñar e incitar más que satisfacer. No ofrecía dones, pero señalaba recompensa para los que la ganaban. Mi siguiente lectura se concretó a *Luz en el Sendero*. La juzgué extraña y natural a la vez, semejante a la descripción de un viajero de la Senda que la allana a los que se decidan a seguirle, advirtiéndolo necesario y más nada. Esta obra acompaña dignamente a *La Voz del Silencio*. Me impresionó fuertemente un hecho al leer estos dos libros y oír la lectura de varios artículos: que estas muchas ideas parecían un nuevo despertar de viejos recuerdos antes que acopio de instrucción. Me confundía mucho, pero lo encontraba perfectamente explicado por la reencarnación.

Cuando por vez primera se me presentó el asunto de Karma, me disgustó. Lo veía igual al destino y a la predestinación. Si el hombre es un autómatas, pensaba yo, si sólo juguete de un creador que, para sus propios fines, formó a unos para salvarlos y a otros para torturarlos eternamente, toda fe en la Divinidad me parecía absurda, y la mejor regla de vida: "comamos, bebamos, gocemos que mañana moriremos." Pero cuando un estudio más profundo me demostró que Karma significa la eterna causa y efecto, reconocí, que de la cuerda con que Karma nos ata, cada día tejemos los hilos; que sembramos hoy las semillas cuyos frutos debemos comer; que ponemos en movimiento las fuerzas que bendicen o maldicen nuestro porvenir; que en todo somos árbitros de nuestro destino; que nuestro modo de existencia actual se decidió ampliamente, por nosotros mismos, en vidas anteriores, y que cada día estamos resolviendo lo que seremos en nuestras futuras existencias; que todo cuanto nos sobrevenga, sea júbilo, sea pesar, sea placer o dolor, es lo que nos hemos ganado; y finalmente, que Karma expresa la justicia

eterna, hermana gemela de la Reencarnación; y ambas se imponen como necesarias e inevitables, si la razón y la justicia constituyen el fin de todas las cosas, si a este universo lo rige la ley y no la ciega casualidad. Así me encontré con que creía en la Reencarnación, creía en Karma, y que el uno complementaba al otro. Desde luego la Teosofía me parecía haber respondido a todas mis preguntas, resuelto todas mis dudas, reconciliado las partes mística y lógica de mi naturaleza, probado la inmortalidad y que el salvador del hombre es él mismo, sólo él; que nuestro cielo y nuestro infierno representan una creación que nos acompaña por todas partes y en todo tiempo. Veía evidente que hay algo en el hombre que viene de Dios, y que siempre ese algo aspira a volver a su origen, ayudado por sus experiencias, penas, errores, temores, arrepentimientos, esperanzas, por todas las varias enseñanzas de sus varias vidas. Y volviendo, en su estado nirvánico, a formar parte del infinito, conserva, sin embargo, su individualidad como el grano de arena conserva la suya en el desierto de que forma parte.

Y, ahora, cuando vengo a responder a la pregunta de *Por qué me hice teosofista*, encuentro que ya lo hice, en mi relato de cómo llegué a serlo. Por lo que toca a la opinión, soy teosofista; en cuanto a la práctica, aspiro a serlo, a despecho de vacilaciones y caídas. La Teosofía me ha enseñado, por débiles que sean mis esfuerzos, a desear vivir la vida.



El Canto de la Vida.

Charles Johnston.

I

Otro día fenece, mengua otra vez la marea de la vigilia. Nos rinde la furia de los deseos, el cansancio llega y en el reposo nos hundimos, nos remontamos al Poder. Y toda nuestra plegaria y anhelo, el fervor todo de nuestra fe no ha de tener otro fin que éste: disfrutar, despiertos, del océano de exuberancia y fuerza que nos baña cuando nos dormimos. Cerremos, entonces, movidos de aspiración, nuestros ojos, ansiando de nuevo la luz que detrás del velo arde. Tan grande es así la caridad del sueño; tan poderosa, esa bendición cerca de nosotros siempre. Perpetuamente lo penetramos, pero lo olvidamos perpetua-

nente. Y huye de nosotros el Poder cuando volvemos a la zona oscura le las ilusiones. Alrededor de cada almohada los miedos y las penas le la vida se amontonan, no menos que sus ambiciones y esperanzas; y le súbito nos apresan cuando tornamos a despertar.

Así, pues, adquirimos esta clave del secreto. Cada día se nos abren las entradas de la inmortalidad. Pero nos cautivan las ilusiones tanto, que de nuestra herencia inmarcesible no gozamos. Debemos, entonces, eludir la legión quimérica. Debemos regresar con el regreso del sol, portando el presente sentido de nuestra divinidad que en el sueño profundo nos llenó. Una cosa tan sencilla como esa, la ancha vía constituye de nuestra salvación. Nos invita el genio nuestro a acumular poder y a conquistar el miedo. Y una vez conquistado, podemos deshacer el ejército fantástico, las sombras que nos invaden y que nos borran el recuerdo de lo divino. Menor el ejército, de fuerza carece para impedirnos traer algo de nuestra visión, alguna reminiscencia del mundo inmortal. Cada día esas reminiscencias percibimos, las percibimos en el silencio de la mañana, en el primer momento del despertar, cuando en cada mañana volvemos con algo de la frescura de la eterna juventud.

Ese algo nos parecerá, al principio, como sueño más bien que sueño. Pero los sueños su poder encarnan, como lo sabemos aquellos cuya vida la guían sueños. Sólo un recuerdo vago, al principio, un vislumbre de otros mundos, una secreta primavera y alegría, sin saber de dónde viene. Y, con todo, una visión tan plena de sobrenatural fascinación y encanto que en pos de ella iríamos antes que de las más seguras realidades de la vigilia. A este grado han subido todos los poetas. Este es el secreto de su inspiración. Esos sueños sin ilusiones los inundan, y se difunden en belleza sobre sus obras. Hasta el pálido recuerdo de esta visión basta para dar luz a los corazones todos del mundo.

Los poetas y lo devotos, sin embargo, no poseen todo el secreto. Viven aún en las penumbras de la mañana. Cuanto a nosotros, somos los herederos de la plena gloria del sol del mediodía. Fieles, con voluntad potente, hemos de convertir en realidad los fragmentos de nuestro soñar recordado, afirmándolos por sobre las quimeras del día, en su luz transformando al mundo. La visión surge del poeta o del devoto en el embeleso del canto o de la plegaria, dejándolos exhaustos. Nosotros, los más ricos; ellos, los más pobres. Ellos debieron haber sellado sus labios, hasta que los sueños se hubiesen entretejido en la tela de sus vidas.

Precisa el valor más alto, para vivir nuestra visión. Precisa batallar con la legión de sombras, los príncipes y poderes del aire. Precisa

luchar hasta morir, si queremos vivir. A medida que la lucha continúe con intrépido coraje, más nos penetrará la sutil intuición de lo ilusorio de la vigilia, y de que el verdadero despertar se halla en otra parte, en una realidad mejor que ésta. De ese modo principiamos a recordar. Hasta aquí los sabios llegan. Su mensaje nos dice que nuestra vida es químera. Pero no han ido suficientemente lejos. Han debido, a la otra ribera, avanzar intrépidos, a la real ribera de su inmortalidad, cerca de nosotros en el sueño, no lejos de nosotros en nuestro despertar.

De esa manera, en el amanecer, recogemos los frutos que nos llegan de la otra orilla. Despuntará la hora en que aquello principiará a eclipsar a esto. Estamos, entonces, prontos a la plena iluminación. En forma franca, nuestra barca sobre las aguas arrojamos. Ascendemos de nuestro cuerpo mortal al paraíso, palabras oímos, al labio mortal prohibidas; sólo podrá referirlas el labio ya divino. No más tenuamente el Espíritu sobre nosotros; a través del silencio entramos en la existencia del Espíritu mismo. Con santo temor sabemos que hemos nuestra inmortalidad heredado, encontrado nuestro tesoro. Contemplamos el luminoso océano de vida, con entera visión infinita. Nuestros son el esplendor y el reino. De infinito poder, de infinita paz plenos, no somos más herederos del Poder, somos el Poder mismo, en toda su inmensurable divinidad: el Poder que existe desde el principio, que perdurará después del fin.

Cuando nos aniega la visión, hay silencio; pero lleno de canto inmortal. Tinieblas; pero más radiantes que ninguna luz. Soledad suprema; pero de almas vivientes rebosada. Allí, los inmortales, las almas de los siempre jóvenes, de los que llegaron primero; allí, las ciegas almas de los mortales que seguirán después. Porque estamos en el Todo: el océano sin fin de vida, cuya espuma y oleaje son el mundo.

Eso es, del esplendor del Espíritu viviente, una súbita revelación. Después, sobre nosotros, cierra el velo místico; y tornamos de nuestra iniciación, al día y a la vigilia de nuevo descendemos. Próximos ya al despertar, la vida se despliega a nuestros ojos semejante a un panorama de luz y sombra. Detrás, el cielo toca a la tierra en donde entramos; delante, se eleva la tierra al cielo de donde salimos. A nuestros ojos se dilata la región que hemos de cruzar, con sus collados, con sus valles, todo a nivel, como vistos desde arriba. Sin embargo, el camino se abre claro para nosotros, sin que nos acechen peligros formidables, antes de recobrar el reposo. Pues en ese momento de la vuelta, del futuro nada se nos oculta: todas las cosas conviven presentes ante el Espíritu.

Por cierto tiempo, la vida posa suavemente sobre nosotros. Sobre un océano pintoresco navega pintoresca la barca de nuestro destino.

Conocemos el mundo real. Una vez más torna el día. Despertamos. Palidece la visión del sueño; pero no la memoria de la visión. Porque hemos lavado nuestros corazones de sombras y quimeras, de modo que reflejan la imagen de la luz. Traemos el recuerdo del esplendor glorioso, para guardarlo como un tesoro dentro de nosotros. Desde entonces, esta es nuestra tarea: tejer, con resuelto valor, toda nuestra vida con la gloria de esa visión.

Cuando la fuente interna del conocimiento descubrimos, nunca más cesarán de fluir sus aguas, vida, luz, eterna juventud dándonos. Muchos viejos recónditos recuerdos surgirán de nosotros, se revelarán en el silencio crepuscular. Ya sabemos que la inmortalidad nos pertenece; poco a poco la niebla que oculta la multitud innúmera de años que hemos vivido, y los interminables que vendrán, se dispersa. Por nuestra integración en el Espíritu nos hemos levantado sobre los muros del mundo, cuyo imperio y tiranía no sentimos ya como antes. Fragmentos de remotos olvidados días vienen a nosotros, con nombres, con escenas de otras tierras, hace edades abandonadas, cuando nos separamos por las puertas de la muerte.

Vienen muy cerca a nosotros estas memorias de siglos muertos; más cerca, más vívidas que las escenas de ayer. Encontramos rostros conocidos en nuevos amigos, caros parientes con nombres y formas que nuestro pasado común sepultó, pero nunca tan profundamente que no se levantaran de nuevo. Esta nuestra vida de mortalidad, corta, aislada, se convierte en vida indivisa, una con los días pasados y, sin embargo, presentes; una con los días que no han llegado aún y, sin embargo, aquí. La enredada trama del destino comienza a destejarse, y a su favor más claramente vemos dónde y por qué caímos. Las culpas, los dolores de nuestra vía humana toman su verdadero color, ante la augusta luz del Espíritu omnividente.

Una cosa aprendemos que nos aclara muchos misterios y nos muestra la simiente de todas las tristezas: que hasta ahora hemos vivido, y que los que las tinieblas no han cruzado, aun viven bajo la opresión de un tirano, de un yo falso, demoníaco, que confunden con ellos mismos. La posesión por los diablos no pertenece al mito. Veámoslos manifestándose, en humanos rostros, por todas partes de la tierra. Diablo es cada hombre que se cree separado, maldito por el aislamiento, perennemente huyendo de su demonio perseguidor. El miedo a la soledad crea el deseo de sensación, el deseo de sensación domina todo lo humano. Hasta a la muerte domina; porque la muerte, a la vez que el castigo de lo sensual, significa su paliativo por la renovación que provoca. Cada

quien el hambre y la sed de su demonio lleva consigo, le entrega el mando de sí. Hasta aquí hemos hecho también nosotros lo mismo. Pero la misericordia de la Vida es tal, que de los corazones más sacudidos por las tormentas, un rayo espléndido del Espíritu fulge.

El yo usurpador, entre nosotros y nuestra paz, se interpone. Se interpone entre nosotros y nuestro trabajo, para que todas las cosas se ejecuten, no por la divina idea contenida en ellas, sino por rendir tributo a las ansias del yo demoníaco. Este deseo de recompensa frustra nuestra labor más alta, nos induce a la acción errada, nos condena a la impotencia perpetua. Y tenemos que aprender ahora: que el verdadero trabajo no lo contamina la tentación del usurpador. Porque el designio del Espíritu es trabajar. No es un expatriado perdido en los confines del espacio, el Espíritu, sólo en algún pálido cielo morando, sino el señor que fabricó los mundos, de tremendo poder lleno, pronto a trasmitirlo por medio de nuestra voluntad. Manejemos la fuerza y la substancia de nuestro sér, no estimando nada como indiferente o trivial; transformémoslo todo, no obedeciendo a consejos o tradición, sino trabajando merced a la súbita intuición del Espíritu. Una tarea o arte peculiar hay para cada uno de nosotros, algo que podemos realizar con gozo y poderes singulares. Primero obra el Espíritu en nosotros por medio de esa tarea, inscribiendo en ella su revelación. Y las más nobles inspiraciones del mundo han encarnado en formas de piedra, en greda matizada sobre el lienzo o en la simple combinación de blanco y negro, tan sensibles son hasta estas cosas inertes a la presencia inspiradora. Comenzando por piedra, por tierra, tenemos que transformar todas las cosas en aquella luz, hasta concluir sobre los mismos umbrales de la Divinidad, que a su vez nos transforma a nosotros.

Corre, a menudo, el temor, de que la presencia del Espíritu debilite nuestra afirmación en la vida, y nos abandone a la merced del destino. Pura superstición. Sólo el inmortal es capaz de gobernar la vida, de retar al destino. Sólo aquellos que crecen por medio del Poder pueden firmemente manejar hasta las fuerzas más débiles, con un vigor tan irresistible como la potencia de la naturaleza. Porque la voluntad es la llave de todos los poderes de la vida, y en la plenitud de los tiempos todos sus secretos conoceremos, aprendiendo cómo formó las rocas, los ríos, las estrellas, el mar inquieto. Sabemos ya que existe un modo de recibir la fuerza directamente, por la voluntad; y no inmediatamente, como lo hacemos, por la razón y el pensamiento actuando sobre la substancia, que es fuerza incorporada.

En los futuros días tenemos que crear. Pero antes debemos aprender, por nuestra tarea propia, lo que somos capaces de hacer mejor, el trabajo que arranque en nosotros el relámpago del genio, un fuego cuyo misterio está sólo en nosotros. Son herederos del genio todos los hombres, herederos de la revelación que imprimirá el poder original sobre la obra de ellos. Pero deben reclamar su herencia. Es esa la solución de la mitad de los problemas humanos. Extraviados andamos todos, en pobres y ricos divididos, en dichosos y tristes; porque se imitan los hombres en vez de aprender a crear, cada uno de acuerdo con su genio. Como se imitan, se convierten en meros granos de la humana arena, en meros ejemplares del hormiguero humano, y su labor poco imperio tiene, tiene poca virtud y gozo, así poca recompensa. Pero si fueran creadores, la acción de cada quien sería indispensable a todos, por todos galardonada; porque en esa acción ardería un fuego puro y original, tan imposible de imitación como el fuego del rubí o la varia gloria de las estrellas.

Imitamos por miedo de la vida, por los deseos de posesión que nos asegure contra nuestra debilidad y nuestra suerte. Nos domina el ansia de sensación, el ansia de gratificarlo. Pero sólo defraudamos los anhelos de nuestros corazones ¿qué sensación se compara a la alegría y a la fuerza en nosotros cuando creamos? En el primer caso, afianzamos nuestras fuerzas en el menguado mundo sensual; en el otro, atraemos la fuerza de lo eterno. Si el sutil placer, o el poder, buscamos, hé ahí la segura manera de encontrarlo. Cada incentivo sensual nos debilita y nos acerca más a la muerte. Cada acto de voluntad creadora más fuertes nos hace, más cerca nos lleva de la vida inmortal.

En la desesperada rebusca de sensación, y de abrigo contra la fatalidad, cada demonio en el hombre lo mueve, con voces de terror, a pelear contra los demás. De diez partes de poder humano, nueve se consumen en esta lucha, donde deshace cada uno el trabajo de los otros, todos en diversas direcciones, neutralizándose todos en su acción. Sin embargo, la sola parte que resta atesora potencia bastante para ejecutar la labor del mundo. Júzguese, entonces, qué exceso de poder no habría, si en vez de frustrar fortificáramos mutuamente nuestra voluntad. Los demonios en nosotros contienden con sus iguales en los demás. Pero el genio de cada quien no pugna con el genio de otro, en la forma que no pugnan entre sí los rayos del sol en la mar azul del éter.

A cada hombre se le susurrará su genio en el silencio, cuando haya vuelto a encontrar el camino hacia el Espíritu omnipotente. Desde entonces el genio trabaja en él, le maneja las cosas de su vida de modo

nuevo y maestro. El perfecto poeta, el héroe, el santo, difieren del resto humano en esto: en que obedecen al genio de valor y de belleza que se eleva por encima de ellos, ceden la guía de sí a su divinidad, ofreciéndose como colaboradores de la luz. Así como algo creador y sin precedente existe en cada santo y héroe, en cada verdadero poeta y maestro de belleza, así también en nosotros todos. Creadora, por momentos, debe ser nuestra vida, debe por momentos sellar su obra con ese poder y esplendor que son la firma de la Divinidad. Y del Espíritu descenderá nuestra recompensa, llena, nutrida, desbordante.

Ese generoso galardón percibiremos, tan pronto como renunciemos al deseo de recompensa. Porque semejante deseo desvía nuestra tarea, e impide la segura reacción hacia nosotros, designada, resuelta por el Espíritu. Como el aliento y la inspiración de nuestra verdadera faena vienen del Espíritu, así nuestra verdadera recompensa, por una ley infalible; así, con la seguridad de la cosecha después de la siembra, viene del mundo natural, donde el mismo Espíritu trabaja creativamente; y la recompensa del Espíritu es diez veces mayor que la nuestra. Podemos recoger la recompensa, desde el instante de empeñarnos en el verdadero trabajo, desde nuestro interior, en vez de imitar las energías de otros.

Ha de ser construida nuestra vida sobre líneas conformes con nuestra presente inmortalidad, con nuestra herencia de plenitud y poder. Trazamos el plan, cumplimos la construcción, pero olvidando al genio que nos supera. Así hemos construido para un mortal. De pronto vemos las dimensiones demasiado cortas para el inmortal. Y tenemos que aprender a construir de nuevo, a la luz que fulge de más allá de los cielos. Esto nos rumora la ola que nos viene de la mar de la vida, lo que nos dice de nuestro trabajo, esencia del Espíritu. Todo eso, no obstante, nada vale, si se compara con la revelación que nos espera, cuando con nuevos ojos vemos la humana vida. Porque si el yo cobarde nos rompe la armonía con la naturaleza, diez veces nos la quebranta con los otros hombres. El mortal nunca ha comprendido el más sencillo corazón de otro mortal. Nunca lo comprenderá. En todo corazón irradian fulgores inmortales: sólo sus semejantes pueden comprenderlos. Así, lo que se tiende ante nosotros es una vívida, una interna realización de otras vidas, las más cercanas a nosotros primero, después las más remotas; una visión tan penetrante e íntima como el amor que otras veces nos tuvimos. Todos los hombres aparecen como almas nuestras, y todo nuestro objeto se contrae a que el gran Espíritu haga su trabajo en ellos, asimismo como en nosotros, porque son ellos aspectos nuestros

En la hora espléndida de nuestra iluminación, solos estuvimos en el silencio y obscuridad del mundo inmortal. No solos, porque el recóndito santo de los santos rebosaba de las almas de los hombres. Ante aquella augusta presencia todas son una. Ese uno es el Espíritu. Traemos ese recuerdo, nuestra primera intuición de la vida humana, que nace sólo con nuestra inmortalidad. Desde entonces, ir afuera no necesitamos, a buscar nuestros otros yo. Vienen a nosotros, a nuestras almas vienen, con visión o ceguera, dolientes o alegres, con amor u odio. Pero por sobre el amor, o el odio, o la tristeza se yergue la esencia inmemorial de nuestro Espíritu común, la santa presencia de la Vida omni-penetrante. A ella debemos sujetarnos, obedecerla en las relaciones todas de nuestras vidas, comunicándonos con lo inmortal en los hombres, sólo respondiendo a las necesidades y poderes del Espíritu. Los mortales contienden, nunca los inmortales, en ellos. Todos se mueven en la Luz única. Cada quién refuerza y complementa al otro. Desde el día de nuestra visión, al inmortal en todos aprendemos a encontrar nuestro trabajo sólo con la Divinidad se relaciona. Debemos buscar para cada uno lo que su propio genio busca.

Sobre líneas inmortales construyendo nuestras vidas, así nos redimimos de la carga de las angustias y de los proyectos, cediendo la responsabilidad de nuestros éxitos al genio en nosotros, genio infalible porque su luz de la infinita mana. Aliviamos nuestros corazones, así, de una carga que han sostenido por edades, con el alivio gustamos los primeros frutos de la libertad y de la paz. Porque bajo la voluntad del genio somos libres.

De esa manera cuando nos unimos, no a los mortales, siempre en contienda, sino a los inmorales, llenos de paz, adquirimos otro aligeramiento de nuestra pesadumbre, otro grandioso secreto de poder y alegría. Porque una de las mayores amarguras en nosotros, aunque nunca lo sabíamos, consistía en la perpetuamente incumplida esperanza de obligar a los demás a proceder según nuestros deseos, a ver con nuestros ojos, a desempeñar no la obra de su propia voluntad sino la de la nuestra. Semejante propósito es el foco del odio. Y el odio es dos veces maldito: en la víctima y en el tirano. Por edades, sus heridas de doble filo, hemos recibido.

Pero, desde ahora para siempre, el odio cesará. No más obligaremos a nadie a hacer nuestra voluntad. No se necesita hacer nuestra voluntad, sino la del genio en cada uno, la sabia divinidad en el corazón de los demás. Cuando nuestros caprichos renunciamos y nos amoldamos a la luz en otro, atraemos simpatía y espontánea ayuda. El Señor de

la interna fortaleza de los demás ve en nosotros un amigo, así todas las puertas se nos abren, y se nos revelan los más ocultos secretos.

Descubrir, por la intuición más sutil, la palabra del genio que conviene a nuestros otros yos, y tratarlos en todo con ella para secundar, hasta contra sus voluntades mortales, la voluntad del Radiante, constituye nuestra segunda tarea, de la misma manera que la reconstrucción de nuestras vidas, según el plan inmortal, constituyó la primera. Por seguir esa norma, con fe y valor, heredamos poder sin límites entre los hombres, porque en todos existe el Poder que batalla por nuestro bien, ya sean amigos o enemigos de nuestros yo mortales.

Mayor es aún la tercera tarea de nuestra inmortalidad. Apenas es dado mencionarla. Sin embargo, no se puede guardar silencio sobre ella. Nuestra unidad con el Espíritu tenemos que perfeccionar, para romper todas las barreras; atraer a nuestras voluntades los poderes del Altísimo, no para propósitos egoístas, sino para fines eternos; acercarnos a la Luz, no para guía de nuestro sendero, sino por amor a ella. Tenemos que buscar el rumbo del océano inmortal, porque hemos de volver allí.

Porque cuando la última palabra se diga, nuestro interés final no radicará en la obra de nuestra voluntad, tampoco en la de nuestros otros yos, sólo en el Espíritu que a todos da su aliento. Si nuestro yo y el de los demás nos interesan como partes del Espíritu, hay algo más grande, más augusto que esas irradiaciones inmortales, por espléndidas, por amables que sean. Existe el Espíritu mismo, la infinita, la Vida indivisible. Hacia allá tenderán nuestros pies, al fin. Allí, cuando nuestra jornada se cierre, cuando la perfecta unidad con nuestros otros yos se cumpla, de manera que el esplendor fluya ininterrumpidamente a través de nosotros todos; allí entraremos, desapareciendo, a la vez que todas las cosas, para encontrarnos de nuevo en el Espíritu infinito.



Pensamientos

Doctor Hércules Maldonado.

Escribir en abstracto, sobre lo que ya no es la estructura sino el alma misma del asunto, traer la función intelectual a su verdadero centro, pensar por nosotros mismos, meditar, ahondar, dejar el ruido de la calle para penetrar en el silencio, recoger los sentidos hacia fuera en avidez de

sensaciones y convertirlos hacia adentro en extinción de los deseos, apagar la fiebre de la sangre y encender el alma en las llamas del espíritu, tarea es ya tan superior, que requiere el empleo de fuerzas y actividades de que no nos es dado a todos disponer y que sin embargo, son aquellas que rindiendo su trabajo interno en la psiquis de la raza, refinando la especie hasta los últimos grados de la sensibilidad, van despertando cada día más la conciencia dormida de las cosas hasta integrarla toda ella en la propia conciencia del hombre y realizar en el hondo espejo de su espíritu la sublime visión de Bacón: " el mundo es ideas."

Verdaderamente todo está fabricado sobre ellas. La idea es el alma de las cosas. Expansión, elasticidad, crecimiento, flor y canto, las ideas, refinadas por la evolución, sintetizadas por la forma, purificadas por una química natural y oculta, viven en el hombre constituyendo su propia alma universal y compleja, haciéndole uno con todo cuanto existe, con la brisa, el torrente, el ave, la piedra, con el buey que abre el surco, y el tigre el vientre de la víctima. Nieve y barro, claridad y sombra.

Sí. La existencia de la antítesis demuestra siempre una misma existencia. El calor y el frío no son sino términos relativos de una misma escala comparativa de vibraciones, igualmente que la claridad y la obscuridad, el día y la noche. En el flujo y el reflujo están la acción y reacción de una misma fuerza que halla su equilibrio. Es el mismo personaje de la tragedia vistiendo varios trajes.

Alto y bajo, derecha e izquierda, anverso y reverso, conceptos son que siempre traerán a nuestro espíritu la noción comparativa de un algo definido, cuyos son los atributos; lo cual no obsta para que la cosa o el sujeto tenga otros puntos de vista sin que deje de ser idéntico a sí mismo. El aspecto externo, por ejemplo, la cara vuelta a la cara de las cosas, la faz destinada a recibir sobre sí el ultraje de las miradas, las rozaduras, los choques de todo cuanto convive y lucha en este plano de brutales adaptaciones kármicas, del que ha de surgir, resplandeciente como una estrella, el rudo bloque de materia trabajado por la naturaleza con el poder de sus invisibles fuerzas, es algo muy distinto a lo interno, que ora tenebroso y asolador como un sepulcro, ya sagrado y prometedor como el femenino seno fecundado, es siempre tan misterioso como un destino, del que no ha sido pronunciada la última palabra del oráculo. Allí se afinan y seleccionan todos los elementos constructivos de la forma que proporciona el medio.

De aquí que todo conocimiento adquirido en la larga carrera de los siglos, hacia atrás, debe estar contenido en el hombre como expresión sintética de una sola enormísima experiencia. Efectivamente, el hombre,

como producto de una evolución, lleva necesariamente escrita en su sér la historia de esa evolución; en su naturaleza, integradas como las piezas de un proceso, todas las modalidades con que caracterizó la personal expresión de su vida durante el larguísimo camino ascendente, desde lo rudimentario e informe hasta las alturas de la escala en que hoy posa su planta; y en su conciencia, registradas, anotadas fiel y minuciosamente por ese buril invisible que traduce en líneas todas las impresiones sentidas, como sobre el disco fonográfico la huella de la voz queda estampada, las experiencias pasadas han sido grabadas para eterno, pudiendo ser actualizadas por el consciente manejo del aparato individual. De aquí que siempre nos sea posible hallar en nuestro corazón un eco de toda vida, no digo de la vida de nuestros semejantes que es y debe ser para nosotros diversos aspectos de nuestra propia vida, originándose por ello ese dolor natural que sentimos con la pena ajena como si realmente tocase en nuestro pecho, sino de esos modos de existencia inferior que vemos por doquiera, en cualesquiera de los reinos de la naturaleza.

Cuando contemplamos una de esas maravillosas puestas de sol, en que el padre de la luz traduce en sonrisa de colores el pensamiento de su amor y caridad ¿no sentimos vibrar en nuestra alma una como sinfonía en que cada nota expresa el himno parcial de cada sér? Es que en tal momento se yerguen dentro de nosotros las innumerables almas de las cosas que moran en la nuestra, como moran las células autóctonas en el organismo físico.



Los Adeptos y la Ciencia Moderna.

William Q. Judge.

La ciencia moderna constituye una especie de espantajo para muchos buenos teosofistas, de manera que ocultan sus verdaderas opiniones por temor de aparecer en conflicto con ella. Todo esto a pesar de que la ciencia desmiente la estabilidad de su carácter por el constante cambio de posición que asume, aunque nunca le falta aplomo imperativo hasta en el caso de tener que retractarse de lo que una vez afirmó. Los conceptos de sus representantes se han invocado, a menudo, como una valiosa objeción en contra de la posibilidad de la existencia de los Adeptos, Maestros, Mahatmas, hombres perfectos que poseen un cono-

cimiento cabal de cuanto la ciencia moderna trata de descubrir. Muchos de los mencionados tímidos miembros de la Sociedad, que no dudan de los Maestros ni de sus poderes, desean que las opiniones de esos grandes seres, acerca de la naturaleza y del hombre, coincidan con las de los actuales investigadores y de ese modo entrarán en paz con éstos. Resultará conveniente aclarar la actitud de los Adeptos hacia el movimiento científico de hoy.

Esta cuestión se trató en los comienzos de la historia de la Sociedad por medio de la correspondencia que Mr. Sinnett mantuvo con el Adepto K. H. en la India; y bastan las contestaciones publicadas en *El Mundo Oculto* a indicar claramente cuál la actitud de los Maestros en lo que toca a la ciencia moderna. Tendrá, con frecuencia, que consultarse ese libro en adelante, porque las cartas que en él se leen son, por muchos respetos, más importantes de lo que se cree. Deben servir de estudio a todo miembro de la Sociedad, y las ideas contenidas en sus páginas, formar parte de su tesoro mental.

Se nota por lo expresado en *El Mundo Oculto* que las personas a quienes se escribieron las cartas, mostraban un profundo respeto por la ciencia de nuestros días; y deseaban con todo agrado a que se la trajesen al convencimiento de la estructura del Cosmos oculto. Mantenían la creencia de que si se la diese semejante convencimiento, gracias a fenómenos extraordinarios y a otros medios del dominio de los Maestros y de la Teosofía, seguirían benéficos resultados para la Sociedad. No cabe duda de que dada la posibilidad de aquel caso, las consecuencias, en efecto, fueran beneficiosas; pero parece vana esperanza la de convencer a los científicos, porque no hay manera de cambiar la actitud de su índole materialista, a no ser por una reforma definitiva de sus teorías y métodos. El suceso equivaldría a un renacimiento del pensamiento antiguo, no grato a los modernos. Y es imposible a los Maestros, condescender, en alguna forma, con la ciencia. Ellos sostienen la posición de que si los principios del siglo científico difieren de los de la Logia de la Fraternidad, peor, entonces, para las modernas conclusiones, desde luego que tendrán que ser rectificadas en lo futuro. La diferencia radical entre la ciencia oculta y la moderna materialista consiste en que la primera reconoce de base a la filantropía, y la última no. Veamos qué se desprende de las cartas escritas por K. H. a Mr. Sinnett y a otra persona.

Dice Mr. Sinnett: "La idea que especialmente tuve en mientes cuando escribí la carta referida arriba fue que de todas las pruebas de fenómenos deseables, la mejor sería la producción a nuestra presencia, en la India, de una copia del *The London Times* de la fecha de ese día.

Con semejante pieza de evidencia en mis manos — argüí — me comprometería a convertir, a todos los habitantes de Simla capaces de asociar dos ideas, a la creencia en la posibilidad de obtener, por virtud de agencias ocultas, resultados físicos que trascienden a los dominios de la ciencia actual.” Acerca de esto recibió la respuesta de K. H., así: “Es inadmisibles la prueba del periódico de Londres precisamente porque calla a los escépticos. Considerada desde el punto de vista que queréis, basta contestaros que el mundo se halla aún en los comienzos de su emancipación, y por consiguiente, no preparado. . . . Porque como, por una parte, la ciencia se encontraría incapaz, en su presente estado, de explicarse las maravillas exhibidas en su nombre; y como, por la otra, las masas ignorantes interpretarían el fenómeno como un milagro, el desconcierto cundiría por todos los testigos del suceso, dando origen a deplorables resultados.” Aquí se ve la primera indicación de la base filantrópica, lo que claramente se establece más después. Por esto se observa que los Adeptos rehusan hacer aquello que puede producir confusión mental en tantas personas comprendidas en las “masas ignorantes.” El prosigue y dice: “Si accediéramos a vuestros deseos, sabéis realmente qué consecuencias seguirían al éxito? La sombra inexorable que persigue a todas las innovaciones humanas ejercería su influjo, no obstante de que pocos poseen conciencia de su aproximación y peligros. Que otra cosa, pues, esperarían los que intentarían una innovación en el mundo, sino que se la atribuyera por la ignorancia humana — si crédula — a las agencias diabólicas en que creen y temen aún las dos terceras partes de los hombres.”

De nuevo vemos que, por más grato que sea a la ciencia, por más extraordinario e interesante en sí, los Adeptos no hacen aquello que puede mover las masas, una vez más, a pensar que existen pruebas de la agencia de los demonios y de otros terribles seres invisibles. Siendo el propósito de los Adeptos acrecer el conocimiento del mayor número de gente y de destruir el dogmatismo y la superstición, no ejecutarán nada que impida el cumplimiento de aquellos fines. En la carta citada, el Adepto dice que son pocas las personas libres de ignorante prejuicio y fanatismo religioso. Ciertamente que un caso tan extraordinario como la producción, por conocimiento de la ley, de *The Times* a través de millares de millas de océano, convencería hasta a centenares de científicos; pero semejante convicción alcanzaría poco efecto entre la inmensa masa inculta del Occidente, atada aún al fanatismo y al prejuicio religioso. Indican los Adeptos que “la inexorable sombra que persigue a todas las humanas innovaciones” provocaría un renacimiento de ignorante

superstición entre la multitud, puesto que aumentando en fuerza, y arrastrando a los hombres a lo largo de la corriente de esa manera generada, haría negativo el verdadero propósito del fenómeno. Sobre esto escribe el Adepto un poco después: "Como, en general, la naturaleza humana es hoy la misma que fue hace un millón de años, las características de esta edad son el prejuicio basado en el egoísmo, una completa repugnancia a renunciar al orden establecido de las cosas en favor de nuevos modos de vida y pensamiento — y el estudio oculto requiere esto y mucho más — y una orgullosa y terca resistencia a la verdad si altera la vieja noción reinante." "Por feliz que fuera el resultado, el peligro crecería proporcionalmente al éxito, esto es, el peligro aumentaría en proporción del fenómeno producido. "No habría otro dilema que continuar siempre en *crescendo*, o caer, en esa batalla sin fin contra el prejuicio y la ignorancia, muertos por sus propias armas. Pedirían — y habría que darlas — pruebas tras pruebas. Esperarían que cada subsecuente fenómeno sobrepusiera, en maravilla, al precedente. Su clamor constante sería que no se puede creer a menos que se vea. ¿Bastaría la vida de un hombre para complacer a todos los escépticos? Y sin embargo, vos en unión de otros, nos culpáis por nuestra gran reserva. Sabemos algo de la naturaleza humana; porque nos lo ha enseñado la experiencia de largos siglos, o más bien de edades. Y sabemos, también, que mientras a la ciencia le reste que aprender, y perdure una sombra de dogmatismo religioso en el corazón de las multitudes, los prejuicios del mundo sólo se conquistarán poco a poco, no de pronto." Estas sencillas expresiones son filosóficas, históricamente exactas, perfectamente verídicas. Todos los mediums espiritistas saben que sus visitantes les urgen por más y más pruebas. Hasta los aficionados a asuntos psíquicos están en cuenta de que su auditorio o amigos requieren un perenne renuevo de fenómenos y resultados, lo mismo que todo sincero estudiante de ocultismo reconoce el hecho de que en su propio círculo sólo se cuenta un creyente por cada cincuenta escéptico, con la circunstancia de que los creyentes solicitan ver lo mismo que otros refieren.

Llevando el asunto a otra carta, el Adepto escribe: "Estaremos encontrados en nuestra correspondencia en tanto que no se haga perfectamente claro que la ciencia oculta emplea sus especiales métodos de investigación, tan fijos y absolutos, así como, a su manera, los de su antitética ciencia física. Si la última posee sus fórmulas, la primera posee igualmente las suyas." Luego, él, pasa a demostrar que la persona que aspire a conocer su ciencia deberá regirse por sus principios; y tomando de ejemplo a su propio corresponsal, continúa: "Buscáis todo

esto, y sin embargo, como decís, no habéis encontrado, hasta ahora, suficientes razones para variar vuestra manera de vivir, completamente opuesta a aquella clase de comunicación." Quiere, así, decirse que los científicos, como otros investigadores, tienen que conformarse a los principios de la ciencia oculta, si desean conocerla; y cambiar sus modos de pensamiento y de acción. Después analiza los motivos de su correspondencia, los mismos que mueven a inquirir a la ciencia. Los describe como el deseo de adquirir pruebas positivas de las fuerzas de la naturaleza, desconocidas por la ciencia; de poseerlas, de demostrar su existencia a otros en el Occidente, de contemplar la vida futura como una realidad objetiva construida sobre el conocimiento y no sobre la fe, y de aprender lo concerniente a la Logia y a los Hermanos. Esos motivos — agrega — son egoístas desde el punto de vista de los Adeptos; y esto de nuevo acentúa la filantropía como base de la ciencia oculta. Los motivos resultan egoístas porque, dice: "Las más elevadas aspiraciones por el bien de la humanidad se coloran de egoísmo si en el pensamiento del filántropo se esconde un deseo de beneficio propio, o una tendencia a la injusticia, hasta en el caso de que no se dé cuenta de ella. Con todo, no discutís sino para deprimir la idea de la fraternidad universal, cuestionáis acerca de su inutilidad, y aconsejáis rehacer la Sociedad Teosófica sobre las bases de un colegio para el especial estudio del ocultismo."

El Adepto da a entender explícitamente que no puede admitirse aquella proposición, así demostrando, una vez más, que la Fraternidad, y no el estudio de las leyes secretas de la naturaleza, constituye el objeto verdadero de la Logia. Representa la Fraternidad el más elevado fin filantrópico, en particular en su relación con la ciencia.

El mismo tema lo resume en otra carta, escrita después de consultar a Adeptos muy superiores, no mencionados nunca y, por su altísima jerarquía, enteramente desconocidos hasta para los teosofistas. Dice en la carta: "Conforme con vuestras ciencias, no reconocéis sino una sola energía cósmica, y no véis diferencia alguna entre la energía gastada por un viajero que separa las breñas de su camino, y el mismo equivalente dinámico empleado por un experimentador científico para poner una péndula en movimiento. Nosotros sabemos hacer esa diferencia: sabemos que hay un abismo entre ambas. El uno disipa y derrocha su fuerza; el otro la concentra y almacena; y servíos comprender que no me refiero a la relativa utilidad de las dos, como se puede suponer, sino sólo al hecho de que, en un caso, existe la energía ruda esparcida sin ninguna transmutación en la forma potencial más elevada de las dinámicas espirituales; y en el otro caso existe justamente eso. . . . Para nosotros, pobres

filántropos desconocidos, ningún hecho de ningunas de estas ciencias nos interesa, excepto en el grado de su potencialidad para resultados morales y de su beneficio para la humanidad. ¿Y qué, en su arrogante aislamiento, hay de más enteramente indiferente a todo, o más ligado a indispensables egosmos por su progreso, que esa ciencia materialista de los fenómenos? Yo os pregunto, qué tienen que hacer con la filantropía las leyes de Faraday, Tyndall y otros, en sus abstractas relaciones con el mundo considerada como un todo inteligente? Aunque ellas, algunas veces, sirvan al uso práctico, qué les importa el hombre, átomo como aislado del todo grande y armonioso? En vuestro credo occidental, la energía cósmica es cosa eterna e incesante, indestructible la materia; y dentro de ese radio se mantienen las experiencias científicas. Dudar de ello equivale a mostrarse ignorante; negarlo, a merecer el calificativo de fanático o lunático peligroso; pretender mejorar las teorías, a charlatán impertinente. Y, sin embargo, tales experiencias científicas nunca han sugerido ninguna prueba, a la multitud de experimentadores, de que la naturaleza prefiere conscientemente que, bajo su forma orgánica antes que de la inorgánica, sea indestructible la materia, y de que trabaja lenta pero incesantemente hacia la realización de este objeto: la evolución de la materia bruta hacia la vida consciente. . . . Menos aún percibe la ciencia: que la industriosa hormiga, la activa abeja, el ave que construye su nido, acumulan cada uno en su humilde grado tanta energía cósmica, en su forma potencial, como Haydn, Platón, o un labrador que empuja su arado. . . . El cazador que mata por placer o provecho, o el positivista que aplica su inteligencia a probar que *más* multiplicado por *más* da *menos*, desperdician o derrochan energía no menos que el tigre que salta sobre su presa. Todos roban a la naturaleza en vez de enriquecerla, y todos se encontrarán responsables en el grado de su inteligencia. La ciencia experimental nada tiene que hacer con la moralidad, la virtud, la filantropía. Por consiguiente no puede reclamar nuestra ayuda hasta que no se una a la metafísica. Siendo una seca clasificación de hechos fuera del hombre, existiendo antes y después de él, su utilidad cesa para nosotros a las fronteras exteriores de esos hechos. De manera que le importa poco a la ciencia las inferencias y resultados para la humanidad de los elementos adquiridos por su método. Así, pues, como nuestra esfera se halla enteramente aparte de la de ella, tanto como el curso de Urano del de la Tierra, rehusamos resueltamente ser destruidos bajo algunas de las ruedas de su construcción. . . . Las verdades y misterios del Ocultismo constituyen, de cierto, un cuerpo de la más elevada importancia espiritual, a la vez profunda y práctica para todo el mundo; pero

no como adición a la confusa masa de teorías o especulación que os dan a vosotros, sino por su práctico influjo sobre los intereses de la humanidad."

Presentamos en estos extractos un claro bosquejo de la exacta posición de los Adeptos hacia la ciencia moderna, junto con un resumen de las razones de por qué no aparecen, por medio de maravillosos poderes, a convencer, de su existencia, al mundo. La razón consiste en que el mundo no se encuentra en condiciones para ello, y que no se obtendrían otros resultados que la destrucción de los fines propuestos. Aquella actitud se explica, pues, de esta manera: aceptan de la ciencia los hechos comprobatorios de las verdades del Ocultismo; pero a ella la consideran materialista y ajena a la filantropía. Esto es así; y como el estudiante que ha recogido experiencias en estos asuntos sabe por sí mismo que los Adeptos poseen la verdad y el conocimiento de las leyes de la naturaleza, tiene que aprobar la actitud de aquellos grandes seres de no descender hasta la ciencia moderna, y de que ésta se eleve hasta ellos. Sabe también que en el curso de las ciclos la masa humana se educará y desarrollará a tal punto que una nueva escuela, a la vez religiosa y científica, se establecerá en la tierra y dominará entre los hombres de la civilización.



Los Misterios del Cristianismo.

Phiquepal d'Arismont.

(*Conclusión.*)

MAXIMO.— Mas, por qué a la Arabia especialmente ?

JULIANO.— Dímelo, pues.

M.—Porque era el asiento de las comunidades *esénias*, origen de las enseñanzas del Señor (me refiero, a lo menos, al *Sermón de la Montaña*, que nadie niega que describe la vida *esénica*). Allí aspiraba Pablo a adquirir un conocimiento de la Verdad más extenso ~~en~~ del que, no ha mucho, había recibido en el Manantial, el Oráculo del Desierto, o sea la Ciudad de Pabara, donde se celebraban los Ritos en las rocas cavernosas llamadas "Petreas", que daba su nombre al Hierofante (según el método acostumbrado por los Iniciados), " Pedro " de Cristo y jefe de

los apóstoles (término caldeo que significa "interpretador"), sobre el cual, dijo Jesús, que fundaría su Iglesia, y contra quien no prevalecerían las puertas de Hades (jefes de las tinieblas); y le dió aquí las Llaves del Cielo y de su Reino. Asimismo, en el Rito Eleusino, las dos tablas de la Ley (tiene esto relación con el relato mosaico?) se llaman "Petrona," como si hechas de roca. Así, Juan el Bautista predicó en el Desierto, y también Elijah y Elisha. Ya, mucho antes, vió Moisés la Zarza Ardiente, y también la vieron los Profetas Mayores y Menores.

J.—Ciertamente que explicas, de un modo razonable, el famoso texto sobre la Roca; pero volviendo a Pablo, lo dicho confirma su aserto posterior de haber recibido su doctrina, no de hombres, sino del mismo Cristo. Sin embargo, siempre lo creí militante más bien que Iniciado.

M.—Nunca, Juliano, atinaste con el objeto de su vida. Permíteme que te muestre, primero que todo, lo que él pensaba de sí, y de esta manera se explicará, en segundo término, su lucha con la Iglesia. Te voy a explicar que fué Iniciado. El lo revela llanamente a los Corintios cuando dice que catorce años atrás lo arrebataron al tercer cielo y al Paraíso. ¿A qué aludía él sino a un grado de los Misterios cuando refiriéndose a la Resurrección, exclama: "Mirad, os mostré un Misterio". Y cuando habla de Cristo a los Efesios? Y esto: "Aun en mi carne veré a Dios," qué sentido razonable puede tener sino el de que en la iniciación alcanzaría la visión epóptica de los mismos Dioses? Pablo descubre el secreto abiertamente cuando dice: "Os hablamos con actos y con poder de Dios, no con la humana sabiduría del mundo. Sin embargo, hablamos sabiduría cuando estamos entre los perfectos". A los mismos les habla de la "sabiduría oculta de Dios hablada con misterio, de la que nada sabían los Arcontes de los Ritos Griegos por conservarse, hasta entonces, secreta desde la fundación del mundo." A sus compañeros de labor llamábalos: "Administradores de los Misterios". La importancia de Pablo consiste, pues, en que procuró vulgarizar estos Misterios, revelándolos al mundo todo. Con mucha llaneza dice que la historia de Abraham y de sus hijos fue una alegoría, lo mismo que la "Roca espiritual;" y que la historia de Moisés y de los Israelitas " se escribió para exhortar a aquéllos en quienes había llegado el fin del mundo." De aquí que Lucas, escritor de los Hechos de Pablo, escribió también un Evangelio de los Hechos del Señor, para dar a conocer al Cristo que Pablo predicó. En ese Evangelio se pone en labios de Cristo lo que sigue: "Os llevásteis la llave de la ciencia arcana; no entraís vosotros, y retenéis a los que quieren entrar." Y Pablo mismo declara: "Acostumbramos gran franqueza de lenguaje. Al ver la Gloria

de Dios con nuestra faz descubierta, venimos a ser transformados en esa misma semejanza del cual misterio de justicia recibimos, pero renunciamos los secretos ritos de vergüenza, y desde entonces hemos buscado el hacer la Verdad manifiesta." Pero, Juliano, todo cuanto te he referido de Pablo, no se compara en nada con lo que dice a los Efesios y Tesalonicenses, cuando especifica el Ritual del primer grado Mithraico: "No combatimos sólo contra la carne y la sangre, sino más bien contra el pecado. Por lo que, oh guerrero cristiano! lleva contigo la armadura de Dios, el escudo de la Fe y la espada del Espíritu." Y esto lo cierra Pablo con las más sencillas palabras: "Y orad por mí para que Dios me dé lenguaje para hablar y hacer conocidos de todos el Misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que resueltamente hable de él, como debo hablar". Y esto lo repite Pablo a los Colosenses. Hay palabras más claras, Juliano?— Respóndeme.

J.—No puede haberlas, ni más enérgicas ni más exactas.

M.— Con esto se explica la ruptura operada en la Iglesia. A los esfuerzos de Pablo por revelar los Misterios, se prepararon los viejos apóstoles contra el nuevo que propagaba los Ritos y que, en verdad, predicó, el primero, la Eucaristía. En consecuencia escribieron a las siete Iglesias de Asia contra Pablo que las había visitado, previniéndolas a ese fin, y prometiendo a los que se le opusieran, o echaran por tierra su obra, una recompensa Mithraica, o algún nuevo grado. Y habla Pedro tan claro que maravilla no se le entienda: "Así como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, dice estas cosas en todas sus epístolas, cosas "dysnoéticas," algunas difíciles de comprender, que los indoctos e inconstantes tuercen para su propia perdición." Y esto explica por qué Pedro y Judas escribieron muchos capítulos declamando contra los que enantes habían entrado en los Misterios inopinadamente, y salido después negando hasta al Señor, quien no era mostrado sino como la alegoría de la Verdad. Y queda explicado por qué Pablo predicando a Cristo, dice "Cristo Crucificado," sin que por ello revele el más mínimo pesar por el Señor; y el desprecio a la Verdad, que Cristo representaba, lo llama: "crucificar a Cristo de nuevo."

J.—Basta, Máximo. No puedo seguirte: luego, no crees absolutamente en Cristo.

M.— Perdon, Juliano. No debí haber tratado acerca de misterios demasiado profundos para una conversación tan corta. Entra a semejanza de Jesús y de Pablo en los Misterios para que comprendas qué es la Verdad, y asimismo comprenderás lo que he querido decir. A lo me-

nos ¿te probé el punto de que si aspirabas a ser prosélito de Jesús, tendrías también que iniciarte en los Ritos Secretos?

J.—No sé qué decir. Mi corazón desmiente mi cabeza. Hallar que nuestros amigos son los enemigos; y que estos últimos, los amigos verdaderos; que Jesús, pagano, y que los paganos los verdaderos del Cristo, desordena mi universo. Mas sólo sé esto: quiero la Verdad, la Verdad, cualquiera que sea. Probaré estos Misterios de Mithra y buscaré en ellos la Verdad acerca del Cristo, tomando este principio: si son verdaderos, mientras más pronto sea la Verdad conocida, tanto mejor, por cuanto mi investigación la vindicará; si falsos, mientras más pronto se les conozca y recaiga por siempre vergüenza sobre ellos, tanto mejor también. No temo la Verdad cualquiera que sea.

M.—Entonces vente conmigo ya—¿no ves, allí, extrañas luces en el interior del templo de Diana? ¿No oyes maravillosos murmullos lejanos? Celébrase la anual ceremonia nocturna, a la que sólo asisten los neófitos. Vente conmigo en seguida.

J.—Pero, primero, voy a casa. Arreglo mis asuntos y me despido.

M.—No, Juliano. Deja que los muertos entierren a sus muertos! El Dios viviente no quiere sino el espíritu viviente. No es tu cuerpo lo que necesita de purificación. El único punto por encima de todos los demás, es este: ¿está tu alma preparada para iniciarse? Si lo está en este instante, por pensamientos santos, al ir a tu casa, te obligarán a permanecer en ella, preparándote fiestas y demás sensualidades delicadas. Cuando los Dioses entran en nuestra vida, no se anuncian; la muerte, cuando llega, no pide nuestro permiso ni nos saluda ceremoniosamente. Deja que otros pongan en orden tus libros y trajes. Bastará una criada para la tarea! Nada necesita de eso aquel que ha gozado los vislumbres del cielo. Dios atenderá a lo necesario; atiende, tú, a lo que reclama tu alma! Hé aquí la noche, hé aquí la hora. Del mismo modo que en un matrimonio sólo se impone una pregunta: "¿Amas a esta mujer?" y no: "¿Es ella rica, ya sus trajes lucen preparados?" así también esta iniciación representa vuestra boda. Sólo hay ahora una cosa en qué pensar: ¿sientes un amor verdadero por la Verdad? Entonces, ven. Si tornaras a tu casa, serías sólo un hipócrita, si alguna vez volvieras a buscar la toga de *estudiante*.

J.—Voy como a una novia, oh Verdad! a conquistarte.

Entran los dos en una barca, y abandonan las vestiduras, los libros, los báculos de Juliano.



El Porvenir.

William Q. Judge.

Aunque soy ciudadano americano, el país donde nací fué Irlanda, y respecto a lo que voy a decir, no se me podrá tachar de americanismo, porque por larga que fuese mi existencia, jamás podría ser un americano. Quizás convenga para esto, ya que no hay otro remedio, esperar hasta otra encarnación lejana.

Ahora bien; o tenía razón H. P. Blavatsky en lo que decía acerca del porvenir de América en la *Doctrina Secreta*, o se equivocaba. Si se engañaba, todo esto debe en tal caso desecharse, como una especulación inútil. Pero si acertó, deben entonces todos los teosofistas que meditan, pesar y medir con cuidado, apropiarse mentalmente, y recordar siempre lo que significan sus palabras, así como las conclusiones a que conducen.

En las primeras páginas del tomo II, habla de cinco grandes Continentes:

Primero, la Tierra Sagrada Imperecedera (ésta se halla en el Polo Norte); *segundo*, la Hiperbórea, de la que una parte se encuentra ahora en el Asia Septentrional; *tercero*, la Lemuria, sumergida tiempo ha, pero que ha dejado restos vivientes, islas, o sean las cumbres de altas cordilleras; *cuarto*, la Atlántida, probablemente en el Océano Atlántico cubierta ahora por las aguas, siendo quizás Tenerife y el Atlas los restos de aquélla; y el *quinto*, era América.

Por el examen de la obra y de las notas sacadas de aquí y de allá intercaladas en el texto, forzosamente se llega a la conclusión de que, si bien la América actual no es el Continente tal como *ha de ser algún día*, es una parte suya, y seguramente es ahora la cuna de la raza que ocupará en el porvenir el *sexto* Continente que para la sexta Gran Raza - Raza surgirá de las aguas. ¿Dónde? Quizás cuando cataclismos tremendos hayan hecho pedazos la América actual, dejando aquí y allí grandes trozos de su parte occidental, saldrá del Océano Pacífico la gran masa del nuevo Continente, despertando de su largo sueño en el seno del mar.

Entonces habrá sido llamado con justicia *Pacífico* el grande y lejano Océano occidental, porque aquella Raza no se entregará a las

contiendas, ni se hablará de guerras o de su posibilidad, a causa de su proximidad a la séptima, cuya misión será alcanzar la perfección, apoderarse del Santo Graal.

Mirad la pág. 444 y siguientes del tomo II. En ellas leeréis que los americanos, durante un período de trescientos años tan sólo, se han convertido en una raza primaria, *protem*, en una palabra, en los gérmenes de la sexta sub-raza que brotarán dentro de algunos siglos, produciendo a los heraldos de la que ha de suceder a la quinta sub-raza europea actual en todas sus cualidades distintivas. Entonces, después de unos 25.000 años, que como observaréis, representan un gran ciclo sideral, de una duración algo mayor que ese tiempo transcurrido, esa nueva raza se preparará para la séptima sub-raza. Sobrevendrán grandes cataclismos; desaparecerán regiones y pueblos enteros, los europeos en primer lugar, incluso las islas británicas — si no han desaparecido antes — y luego parte de América del Norte, así como de la del Sur. ¡Qué pequeña y mezquina aparecerá entonces la herencia científica de los actuales sabios, grandes maestros en microbios hoy día, pero a quienes los de entonces considerarán como restos extraños del siglo XIX, cuando las gentes se cuenten unas a otras que, teniendo muchos de aquéllos la Verdad ante los ojos, se rieron de ella y apedrearon a sus apóstoles, entregándose a una danza fantástica mientras tanto, ante el altar de la materia invisible!

Parece que algún poder haya destinado el Norte y Sur de América para cuna de una nueva raza - raíz primaria. Esos dos continentes eran evidentemente los centros de antiguas razas, y no de hombres salvajes. El Piel Roja, del continente septentrional, tiene toda la apariencia así como todas las creencias de una raza que en otra época fue grande: cree en un Dios, en un Devachán, donde le esperan cacerías felices después de la muerte. Algunas tribus poseen diagramas que explican cómo fue formado y poblado el mundo, y que de un modo admirable recuerdan la cosmogonía Hinda, y en sus tradiciones hallamos las huellas profundas de una época superior y más antigua. Continuando la exploración hacia el Sur, encontramos numerosas pruebas de una civilización anterior que desapareció con la oleada cíclica que la había traído.

La América Central abunda en ruinas de piedra y ladrillo; y avanzando aún más hacia el Sur, descubrimos iguales pruebas. En el transcurso del tiempo, esos continentes convirtiéronse en tierras laborables, por decirlo así, esperando la venida de los europeos.

Los españoles se extendieron por toda la América del Sur y colonizaron la California y Méjico; los ingleses, franceses y españoles, se apoderaron del Norte, y más adelante vinieron todas las naciones;

así es que ahora, en ambos continentes, casi todas las razas están mezcladas, y aún siguen mezclándose. Hasta los chinos se han casado con mujeres de sangre europea; también se encuentran algunos hindos; la antigua raza Parsí tiene sus representantes: los españoles cruzáronse con los aborígenes, y los propietarios de esclavos con los africanos.

Es indudable que han pasado por América, en los últimos doscientos años, individuos de todas las razas conocidas, dejando tras de sí en los cruces, huellas indelebles de su sangre.

Pero no desaparecerán los últimos restos del quinto Continente, o sea América, hasta que la nueva raza lleve algún tiempo de existencia. Para entonces una nueva Morada, el sexto Continente, habrá surgido de las aguas para recibir aquella juventud que nos dominará como dominamos a los pigmeos del Africa. Mas no existirá ya América tal como la conocemos hoy día. Sin embargo, esos hombres deben ser los descendientes de la raza que aquí se está desarrollando ahora.

De otro modo, nuestra filosofía sería falsa por completo. Así, pues, se está formando ahora en América la nueva sub-raza, y en este país fue fundada la Sociedad Teosófica: dos puntos de gran importancia. Observad que la mensajera de los Maestros vino a los Estados Unidos, aunque Europa se prestaba exactamente lo mismo para la empresa intentada.

Más tarde, aquella mensajera pasó a la India y luego a Europa, fijando su residencia en las Islas Británicas. Para nuestras reflexiones, todo esto es importante. ¿Por qué dió el primer impulso en América y el último en Inglaterra? A cualquiera se le podría ocurrir preguntar por qué no se hizo un esfuerzo a toda costa para dar el último impulso de un modo visible en la tierra de promisión donde dió principio a su obra.

No os imaginéis por un momento siquiera, ¡oh hermanos míos ingleses! que se decidió por Inglaterra, porque la atrajesen las bellezas de vuestra isla o porque pensase al fin que no haber comenzado allí, había sido un error.

Todo ello obedeció a una necesidad estricta e imperiosa, y efecto de una sabiduría derivada de fuentes más antiguas que tienen a la vista el paso irresistible de los ciclos en su marcha. Lo más importante es el punto, el centro de fuerza de donde parte la gran energía, y no el lugar donde concluye. Y esto siempre es una verdad, por importante que sea en el plan, el lugar en que termina.

¿Acaso pensáis que la India no es tan importante? Y ¿no hubiese ofrecido, según toda apariencia, ese país mejores condiciones para

dar principio al *magnum opus*? Los Adeptos no caen en semejantes errores.

Se atribuye el descubrimiento de América a Cristóbal Colón. Aunque existen dudas acerca de ello, nadie niega que el pueblo español hizo al principio todo cuanto podía hacerse para poblarla, agotando, mientras tanto, Karma Antiguo, y creando nuevo al destruir muchos aborígenes. Así corren hacia su ruina los sentenciados por el destino, del mismo modo que las masas de insectos, animales y hombres, al precipitarse en las bocas flamíferas de Krishna, como pudo verlo Arjuna. Pero luego vino de Inglaterra la raza sólida y vigorosa que en la nación más grande y más sufrida de este continente ha impreso un sello indeleble en el pueblo, en sus leyes, su constitución, sus costumbres, su literatura y lenguaje.

Quizás sean Inglaterra e Irlanda los dos portales por donde han de pasar los Egos que se encarnan aquí para la obra silenciosa de fundar una nueva raza. Puede ser quizás significativo el hecho de llegar más vapores llenos de seres humanos de Inglaterra a los Estados Unidos, pasando por Irlanda en su camino, como última tierra del Antiguo Mundo, que de ninguna otra parte. Los actos de los hombres, las empresas mercantiles y las guerras, siguen todos implícitamente una ley que está grabada en las estrellas, y mientras copian al pasado, siempre simbolizan al futuro.

¿Acaso se chanceaba H. P. B. cuando escribió en su libro, que Irlanda es un antiguo trozo de la Atlántida, e Inglaterra una isla más joven, que hombres sabios, al surgir esta última del mar, contemplaron desde las costas de Erin? Quizás la gente de esa antigua tierra ejerza una influencia importante sobre la nueva raza de América.

De la comparación resulta que puede haberla tenido, y que la tendrá probablemente en el porvenir. Quizás en el orden político, ya que muchos esperan disturbios sociales en América. En tal caso, cualquier observador admitirá que el irlandés, ignorante o no, representará la ley y el orden — porque sus hijos aquí no luchan contra un antiguo enemigo. ¿Por qué, también por un capricho extraño de la suerte, encuéntrase colocada la gran piedra del destino en Westminster Abbey (Abadía de Westminster,) al pie del trono en que fue coronada la Reina?

Veamos igualmente si no es indicación del porvenir el hecho de que la Reina de Inglaterra coronada sobre aquella piedra (1), es Emperatriz de la India, de donde afirmamos vinieron los Aryas y donde se

(1) Interesante es el hecho de existir en la India una ceremonia importante llamada "Subida en la Piedra."

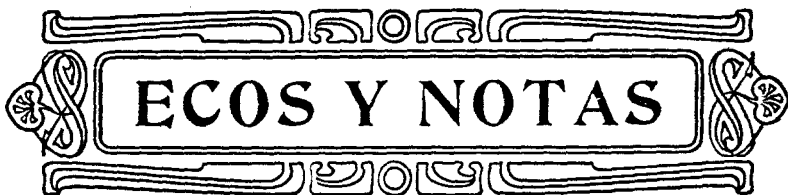
conserva su gloriosa y olvidada sabiduría? Su nombre es Victoria. Es la victoria para "el nuevo orden de las Edades;" y ese nuevo orden empezó en América, su advenimiento registrado y grabado en el anverso, no usado hasta ahora, del sello actual del Gobierno de los Estados Unidos. Una victoria en la unión de los Egos del Oriente y del Occidente; porque Inglaterra extiende una mano sobre la región de la nueva raza, que jamás aquélla puede poseer, y con la otra mano gobierna a la India y completa el círculo. Puede esto ser un cuadro pasajero que acaso algún día borre un torrente de sangre; pero así es como se suceden los ciclos y como podemos aprender a leer en el porvenir. Los destinos de Inglaterra aún no se han realizado por completo, ni ha sonado tampoco la hora aún. Ninguno de nosotros conserva falsas ilusiones por demasiado tiempo, y aunque haya sido Irlanda algún día un país sacratísimo, no es razón para que deseemos ir allá.

Porque aquellos a quienes su Karma llevó a América, trabajarán por el mismo fin y por la fraternidad, de igual modo que los que han quedado en la India y Europa.

En América, la lengua dominante y la forma del pensamiento, son inglesas, si bien se transforman cada día. Aquí es donde progresa silenciosamente la obra; aquí han venido padres y madres europeos, estableciendo corrientes de atracción, que inevitable e incesantemente traen a la reencarnación Egos parecidos a ellos. Y el ir y venir del gran impulso, se completa por los Egos tardíos que se extinguen en otras naciones, y se encarnan mientras tanto en las razas más antiguas que se quedaron atrás.

* * *

Tal era, al menos, lo que aparecía ante la vista a medida que las nubes se elevaban, y una vez más sucedió el silencio.



ECOS Y NOTAS

“LAS CIENCIAS CONTEMPORÁNEAS.”

Con este título llega a nuestras manos el último libro del doctor R. Villavicencio. Consta de 143 páginas. Sin embargo, en ese moderado manojó de hojas describe las paradas, las travesías, las orientaciones, los descaminos de la faena científica, en una forma tal de vigorosa concisión impecable que se ve a las claras, como sobre una carta geográfica, el área donde han tramado su itinerario los tres siglos que Bacon y Descartes pusieron a andar. Los tesoros de su cultura, de cuantía superior, ordena y distribuye con sencillez y seguridad exquisitas; y sin darse cuenta propia — porque es imperio que ejerce de suyo — admira su experimentado sosiego de dominador de cuantas son las dificultades de la tesis. De suerte que se le sigue, se le sigue sin prevenciones de ningún alcance, con el ánimo leal con que se va detrás de ciertos hombres en quienes se adivina la vía despierta y franca, en quienes se goza de antemano, o se presupone, la excelencia de la marcha y la ventura del arribo. Esa nuestra confianza la abona más de medio siglo que el autor vive en su taller, trabajando, enseñando, en fértil fatiga, hasta constituir, ya en el orgullo de su tarde, uno de los testimonios más pujantes y luminosos de la mentalidad venezolana. Profundamente científico lo mismo que profundamente religioso, ni el fanatismo de las Academias ni los dogmas de las Iglesias le abajaron el vuelo. Lo mantuvo, como cabe en almas sin angustias de cercos, dueño del horizonte que no cierra lindes nunca, sino que por todas partes se abre en aquella constante infinitud, imposible a la circunferencia, de la concepción de Pascal. Porque a la semejanza del círculo del filósofo, yerra, sin duda, quien dé tal o cual centro a Dios, quien diga que en esa o en aquella nota toda la sinfonía de la naturaleza se refunde, o que la Verdad sólo posee un lado y un aspecto. Desde cualquier punto que se le llame a juicio, se le tratará según su mérito si sobre todos los fanatismos se sitúa su cátedra de maestro. Darwin y Platón en él alternan de continuo. A la vez que siente bajo la bienaventuranza de Kempis bueno el corazón, inclina la cabeza para

oirle a Büchner la palabra cálida y atormentada. Acaba la lectura de Haeckel, después de apoderarse de su misma visión de las cosas, de su interpretación, de su método, después de medirle la estatura y de pesarlo; y hacia el Indo inmemorial endereza luego los pasos, con el cumplido recogimiento del fervor, a hundirse y sentirse en el silencio de sus pagodas; hacia el Egipto clásico, a compenetrarse del aire de sus esfinges. No se diga por ello que anduvo en trajines de aventuras sin marcar la pisada resuelta por lo manco de la voluntad. No obraría en justicia quien tal dijera sobre varón de tanto valimiento y carácter, que así en los súbitos regalos de la fortuna tanto como en lo corto de la hacienda, o apagando su sed en el vaso del proscrito, ha sabido vivir en su pensamiento y en su corazón, ingenuo, entero, con la misma gloria estricta de la estrella en su órbita y en su llama. Opina Descartes que: "Para alcanzar la verdad es menester, una vez en la vida, deshacerse de todas las opiniones recibidas y reconstruir de nuevo, desde los cimientos, todos los sistemas de nuestro conocimiento." En este sentido Villavicencio no se mueve dentro de ninguna facción. Puesto ocupa, con gozo que perdura, en la columna ecléctica de los alejandrinos. Del laboratorio científico toma las verdades de hecho, acoge las de las experiencias psicológicas; y dándoles cuerpo merced a su comparación y concierto, reconstruye, de modo espontáneo y simple, el solemne escenario de las religiones. Religioso a fuer de científico, científico a fuer de religioso, la libertad de su pensamiento se condensa en el jugo de esta sentencia: "Si hay algo más perjudicial al progreso del espíritu humano que la intolerancia religiosa, es ciertamente la intolerancia científica." Con tal motivo, nos abre un luminoso legajo de crónicas que todavía duelen. Duele que el Consejo de Salamanca eche afuera al gran genovés y retarde a la América, en nombre de la ciencia. Duele que la ironía de la Real Sociedad de Londres tenga en poco a Benjamín Franklin por el tema de sus pararrayos. Y desfilan en densa falange Galileo, Harvey, Sulzer, Galvani, Jenner, Young, Gray, Davay, Stephenson, Arago, Mesmer, Pasteur, Mayer, escarnecidos unos, otros despreciados, todos dejando en la historia, en rojas lágrimas, la sangre de los nazarenos. La perpetua andanza de la vieja Sinagoga. Muy pocas veces se ve irritado al autor por esas y otras célebres culpas en el mundo. Se siente que es la del cisne, por el corte de gracia y lo suave, la pluma que maneja a menudo. No obra, a poderío de explosivos, por en medio de los sistemas de filosofía. Nunca arruina. Desbroza más bien para el provecho de los sembrados. Desaloja de la máquina científica el resorte inhábil, recompone, aplica y atornilla la pieza del caso, para acrecentarle el movimiento y ganarle

espacio. Copia de Mr. Picard esta frase: "La palabra *explicación mecánica* carece de sentido." De Henri Poincaré estotra: "Para que una explicación mecánica sea buena, es necesario que sea sencilla; es necesario para elegirla entre todas las posibles, que se tengan otras razones fuera de la necesidad de hacer una elección. Pues bien, una teoría que satisfaga a esta condición y que por consiguiente pueda servir para algo, no la tenemos todavía." Y de Berthelot lo que sigue: "El éter de los físicos y el átomo de los químicos se disipan para hacer lugar a principios más elevados que tienden a explicarlo todo sólo por los fenómenos del movimiento." Cita de W. Ostwald esta expresión tocante al átomo y a la teoría mecánica del Universo: "Es una invención bastante imperfecta. La tentativa no tiene ni siquiera el valor de una hipótesis auxiliar. Es un error puro y simple." De Lucien Poincaré inserta: "Renúnciase generalmente hoy al pensamiento de que todos los fenómenos son susceptibles de explicaciones mecánicas." Villavicencio formula su doctrina en estas pocas palabras: "... el movimiento es la vida, según Preyer. ... Ostwald cree como Newton, que deben existir *principios más elevados* que los conocidos actualmente." Y nosotros agregamos con la mayoría de los sabios contemporáneos: "tales principios son la Vida y la Conciencia." El autor observa que el alma moderna se inclina, con mayor acopio de medios, a la reconstitución de la antigua teosofía. Dice que sin saberlo ni quererlo. De cierto que habla en razón el ilustre escritor. Ya a la India se lee, ya sus escrituras despolva la Caldea renacida, hablan las pirámides y de nuevo el resplandor vigoroso del Egipto baña al desierto. Las centurias místicas que sentaron entre los hombres a maestros divinos parece que sólo dormían. Parece que sólo dormía el oráculo bajo la quietud de sus encinas sagradas. A Platón se le oye mejor. Nos inunda el silencio de Pitágoras, y vemos más blancos y dignos del corazón a los corderos de Jesucristo.

Las ciencias contemporáneas dicen mucho en lengua de enseñanza. Acrece el doctor Villavicencio la honra de su tarde, y la gratitud de los que aprendemos de él, al entregar a nuestro estudio el pensamiento científico de dos grandes siglos.

"EL LIBERTADOR JUZGADO POR LOS MIOPESES."

Es un folleto de 16 páginas que reúne dos artículos, ya de antes conocidos, pertenecientes a la labor histórica de Laureano Vallenilla Lanz. El folleto se contrae a defender la posición de Bolívar del lado

de la libertad republicana. Hay decoro y lujo en la defensa. Abunda en su favor el brillo del documento, el raciocinio a tiempo traído con gala y maestría, ya que parece de poca monta, para prueba y convencimiento, la elocuencia formidable de diez y nueve años de estarle fijando base y cúpula a la democracia en América. Nadie desvaloró más el mérito de la púrpura que aquel que la echó fuera de los pueblos. Desde Jamaica dijo cómo a conciencia discurría dentro de su misión, juzgó con la doble probidad del filósofo y del estadista el andar y la suerte de la nueva gente que él iba a conducir adelante; supo lo que convenía, lo supo, lo quiso y lo sintió mejor que el grupo de sus contemporáneos, sostuvo la entereza de su juicio en dondequiera, la fe de su videncia sostuvo a pesar del medio, lo sostuvo hasta contra sus propios compañeros de ensueños; congregó en asamblea los pueblos cuando la Santa Alianza congregó en asamblea los reyes, para que el individualismo político, reaccionario y tradicional, tuviese su contraparte en el colectivismo republicano, revolucionario y moderno; de la América desalojó a San Martín porque examinaba el Plata para el trono; y cuando la prole de su brazo y de su pensamiento *desconfió de su amor a la libertad*, se irguió triste ante la acusación, respondió bajando solemnemente las gradas de la Gran Colombia, se desprendió la capa para vestir el sayal del proscrito, con amor les dijo adiós a sus hijos y cayó muerto sobre una orilla de su obra.

El folleto pone alto al autor. Lo felicitamos.

"EL CRITERIO MASÓNICO."

Sirve a la Francmasonería este nuevo periódico de Barquisimeto. Tiene 24 páginas y lectura de substancia. Trae de lema: *la investigación de la verdad, libertad para todos, intolerancia para nadie*. Basta el lema para conocerle el espíritu. No ciñe el cinturón de los combatientes este joven caballero de la fraternidad que viene en buena hora, a plantar la paz de los olivos en el huerto de sus hermanos. Viene a la faena más grave, y a la más necesaria también. Suelo, el de nuestra herencia, quizás de arena que retarda la dignidad de las construcciones definitivas, suelo de piedra dura, quizás, donde la simiente ha caído y no arraiga, urge removerlo a chorros de sudor, removerlo hasta la honda entraña en un afán ingenuo de cimientos y de limo fértil, si se quiere, de cierto, que la Logia del delantal de piel, de la llana, la escuadra y el compás difunda, en un parecido de ambiente y de luz, el ensueño de Hiram. Sufriríamos, de todas veras, si no encajáramos aquí esta pieza de oro:

"El Criterio Masónico..... se ocupará en difundir nuestra moral y edificante enseñanza para ver de hacer real y efectiva en este medio la capacidad de nuestra Institución para el bien público, con hechos, no en palabras, con prescindencia absoluta de todo aquello que impida o estorbe organizar sus fuerzas morales dirigidas al servicio de un propósito que responda a inmediatas necesidades reales de la sociedad venezolana...."

En el fondo de ese programa hay fuego de los purificadores. Dan ganas de echar las campanas a vuelo desde la más alta torre de la Patria cuando rompe la árida monotonía del horizonte la marcha de los que bordan banderas y las abren delante en una alta emoción de humanidad y de bien. Tenga seguidores la Logia *Estrella de Occidente*. Que de rato en rato, y de trecho en trecho, se oiga del martillo el golpe de las construcciones. Sitio de compañeros le damos entre nosotros.

"ANALES DE GUAYANA."

Nos llegó el tomo segundo de este libro de Tavera-Acosta. Leyéndolo, estudiándolo, exprimiéndolo como un gajo en sazón para llenarnos de su jugo copioso, comprendemos, al cabo, cuántas noches en vela vueltos los grandes ojos a su estrella distante, cuántas suplicadoras meditaciones, cuánto dolor en el pecho al golpear contra él la cabeza fría del vencedor de San Félix, cuánto acíbar hubo de beber el hombre por excelencia continental, al buscarle camino, o abrirle espacio, al brío de su misión avasallante. Fue el único hombre de su época que cargó en sí a la América en todo su peso y tamaño. Pertenecía a su carga como a su deber. Por cumplirlo, por asir de su sueño al mundo, peleó, pensó largo, pecó, sufrió hondo; pero a través de tragedias, levantándose en seguida de caer, botó, al fin, la más hermosa de las barcas, al agua de la historia. "Y aún vive, porque tiene que hacer en América todavía." *Anales de Guayana* es una copa donde el autor recoge una lágrima de los laureles bolivianos. Estimamos su envío al compatriota tan querido como ilustre.

"CUENTOS PRODIGIOSOS."

"LAS PARÁBOLAS DEL REINO."

Son dos obritas, de bella impresión, que acaba de editar la Rama "Nuevo Ciclo." *Cuentos prodigiosos* interesan, desde el primer momento, a la vez que por la rara riqueza de sus significaciones, por esa diná-

mica penetrante y constructiva que le daba carácter propio a la gran pluma de H. P. Blavatsky. No pecaremos de aventurados si afirmamos que no reconocen superiores en la intensidad y prestigio dramático *La cueva de los ecos* y *Una vida encantada*. Y en cuanto a *El violín con alma* no tenemos memoria de haber leído otro de su factura exclusiva. Del modo más extraño, del modo más sugestivamente evocador de fantasmas no sabemos si de miedo, si de amargura, refiere el secreto y la maravilla del instrumento de Paganini, a quien su siglo emborzó en la leyenda o en el misterio. Brujo se le llamó al hechizador. Al destejer la leyenda del divino violín, Blavatsky dibuja en el fondo del relato, el seco y lúgubre, el trágico sombrío perfil del genovés.

Tocante a *Las parábolas del reino*, basta decir que florecen del pensamiento de Charles Johnston, el autor de *Los Yogas Sutras de Patanjali*, de los *Comentarios del Bhagavad Gita*, del *Canto de la Vida*, de otras obras que le dan rango de instructor de hombres, y de honor de su tiempo. Precede al pequeño libro un prólogo de mérito escrito por el doctor López Fontainés, del cual copiamos lo que sigue: "Versado como pocos Mr. Johnston en el conocimiento del sánscrito. . . . ha podido, sin alarde ni ostentación, demostrar en su luminoso estudio comparativo de los Upanishads de la India y de los Evangelios de la Palestina, que sólo hay una verdad, un sólo conocimiento, una sola sabiduría, sugiriendo en consecuencia la idea de que los Maestros han debido obtener todo eso por un sólo y único medio, es decir, desarrollando sus facultades internas, siguiendo unos mismos y antiquísimos métodos de purificación mental. Este conocimiento ha sido, es y será el privilegio de los pocos que al penetrar por la estrecha puerta del sacrificio y la renunciación, han avanzado valerosos por el angosto sendero de la perfección; pero no el privilegio único de un solo elegido, de naturaleza distinta de la humana naturaleza dual de los demás hombres."

Los directores de DHARMA felicitan tanto al editor de las dos referidas obras como a la Rama "Nuevo Ciclo," por sus trabajos de propaganda tan fervorosamente desempeñados.

EN LA INVESTIGACION.

El Presidente de la Unión Científica de Berlín, doctor von Kapff, el doctor Bergmann, doctor Baron de Schrenck Notzin de Múnaco, Sir Oliver Lodge y Sir William Crookes, nombres ya eminentes del siglo, se han reunido para celebrar a principios de octubre, en Berlín, un Con-

greso que tratará de los estudios realizados en los últimos diez años sobre sugestión, telepatía, emanación de la energía psico-física, fenómenos ocultos físicos y mecánicos, y biología de lo oculto.

Reaparecen en todas partes los signos de los nuevos tiempos. Ya Büchner, Moleschott, Carl Vogt, Jules Souris se desvanecen con aquella corta y rotunda expresión de J. L. de Lanessan: *La ciencia mató a Dios*. Pero desierto y vacío quedó el sepulcro donde se le encerró. Después del acopio incesante, asimismo abrumador, de pruebas psicológicas en los últimos años, los conceptos de *fuerza* y *materia* se han cambiado en los de *vida* y *conciencia*, y sobre la piedra removida de los dioses que se creyeron muertos torna de nuevo a cuajarse, bajo el pie de los Cristos revividos, el resplandor y la gloria inextinguibles de la nube mística.

LA PIEDRA DEL DESTINO.

Refiere H. P. B. que en un poema atribuido a Orfeo, las diversas propiedades de los pedernales y guijarros desde el punto de vista de los poderes mágicos y psíquicos, se dividen en *Ophites* y *Siderites*, la "Piedra-Serpiente" y la "Piedra-Estrella." "La *Ophites* es afelpada, dura, pesada, negra, y tiene *el dón del habla*. . . . Fue por medio de esta piedra como Heleno predijo la ruina de Troya, su patria." Sanchoniathon y Filón de Biblos las llama "piedras animadas." Eusebio, que las llevaba en su seno, recibía oráculos de ellas. Así Arnobio. Suidas habla de un cierto Heræcus que podía distinguir de una ojeada las piedras inanimadas de las que estaban dotadas de movimiento. Se nombran de varias maneras las piedras oscilantes o "logan": el *clacha-brath* de los celtas, la "piedra del destino o del juicio"; la piedra-advina o la piedra de la ordalia", y la piedra del oráculo; la piedra moviente o animada de los fenicios; la piedra crugiente de los irlandeses. La Bretaña tiene sus *pierres branlantes* en Huelgoat. Se encuentran en las Islas Británicas, Francia, España, Italia, Rusia, Alemania, etc., así como en la América del Norte. Plinio habla de varias en Asia; y Apolonio de Rodas se extiende sobre las piedras oscilantes, y dice que son "piedras colocadas en la cima de un túmulo, y tan sensibles, *que se movían con la mente*."

Hay en Escocia una parroquia de Perthshire llamada Scone. Allí residían y se coronaban los primeros reyes escoceses, y de allí Eduardo I trasladó la "piedra del destino" a la Abadía de Westminster en 1296. El 20 de junio último estallaron varias bombas, colocadas por las su-

fragistas, bajo la Silla de San Eduardo, o de la Coronación, en la Abadía mencionada. Quedó hecha añicos la "piedra del destino", la célebre y antigua piedra de Scone. Madama Blavatsky dice en *La Doctrina Secreta*: "La famosa piedra en Westminster era llamada *liafail*, "la piedra parlante" y sólo elevaba la voz para nombrar al rey que debía ser elegido". Cambry, en sus *Monuments Celtiques*, refiere que la vió cuando tenía todavía la inscripción: *Ni fallat fatum, Scoti quocumque locatum invenient lapidem, regnasse tenentur ibidem*. "No engaña el destino, Escoceses, de que en cualquier lugar donde se encuentre esta piedra, de seguro que habréis de reinar".

"EL MUNDO OCULTO."

Los redactores de DHARMA se proponen traducir al castellano, para el conocimiento del público, las cartas de los Maestros que realzan el mérito de aquella famosa obra de Sinnett. Ese propósito se debe a que la versión que de ella tenemos hasta ahora, en dos tomos, no se puede admitir en ninguna forma. Bien sea por descuido en el trabajo, o por insuficiencia en el dominio de la lengua inglesa, es lo cierto que allí se atribuyen a los Maestros lo que no han dicho, asimismo se omite lo que dijeron, y hasta se leen líneas contrarias a sus altas ideas. Ojalá que la autorizada casa de Maynadé, Barcelona — España, emprendiera una nueva edición de libro de tanto valer, corregida con esmero, de modo de substituir a la corriente.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Pregunta: *¿Cuáles son las razas solares y lunares a que se refiere la literatura hindú? ¿Existen libros que expliquen el asunto?*

Respuesta: A excepción de algunos escritos con que Charles Johnston contribuyó especialmente a las revistas *Calcutta* y *Contemporary Reviews*, muy poco se ha dicho sobre el asunto en las publicaciones teosóficas. Varias referencias se leen en la *Doctrina Secreta*; pero, en su mayor parte, aparecen vagas, y como envueltas en cierto aire de misterio. Podrían servirnos algunas conclusiones medianamente indicadas.

Con toda probabilidad las castas de la India las formaron originalmente diversas razas de distintos colores. . . .

Una de estas razas fue roja. Nos dice la *Doctrina Secreta* que su especial manifestación la representó la tercera raza - raíz; y sus sub-manifestaciones, cada tercera sub-raza de cada raza - raíz. Por ahora interesa la tercera sub-raza de la quinta raza-raíz, de la que figuraron como divisiones los egipcios, caldeos y rajput - rojos de la India. Es más que probable que esta raza roja es una raza solar. El primer rey solar, entre los rajputs, fué Ykshwaku, de quien descendió Siddartha el Buddha. En el cuarto capítulo del Bhagavad Gita esto se encuentra claramente indicado, y también el origen de Yhshwaku de Vivaswat. Vivaswat es el sol, la fuente, o el espíritu inspirador, el fundador de la raza solar. Narran los anales de los rajarshis que no fueron reyes, sino sabios rajputs. La raza roja solar tenía el conocimiento de los misterios, y en cierta ocasión histórica, iniciaron, según se dice, a algunos brahmanes.

Entre los grandes instructores producidos por esta raza podemos mencionar: el Sabio védico, Vishwamitra, quien escribió el Gayâtri; Rama, Krishna, Buddha. Todos avatares.

Gracias a éstos los Upanishads trazan definitivamente las doctrinas de Karma, Reencarnación y Nirvana, enteramente desconocidas de los brahmanes, hasta que se les enseñó, como se dice arriba, por los rajputs. De la raza roja, o solar, provienen los siguientes libros indos: la tercera Mandata (o ciclo) del Rig - Veda; los Upanishads; el Bhagavad Gita y las enseñanzas del buddhismo.

Es muy posible que los japoneses tengan alguna relación con la raza roja, o solar. Sus mitos solares, y su bandera del Sol Levante, fundados en tradiciones de origen solar, indican eso; y además tengo noticias de que un ingenioso escritor japonés ha intentado recientemente relacionar su gente con los antiguos egipcios. La raza lunar, o más particularmente, la sub-raza lunar de la quinta raza - raíz, parece ser blanca, semejante a los persas, los europeos y más remotamente los chinos. De la raza blanca han salido los brahmanes de la India. Eran intelectuales, en la forma que la raza roja era mística y oculta. Ellos formalizaron e intelectualizaron las enseñanzas ocultas de los rajputs. Ellos transformaron los Vedas en los Brahmanas; los Upanishads, en las escuelas filosóficas de Sankya, Vedanta y Yoga, en tanto que el asunto Krishna se desarrolló en el Mahabarata, de tendencia brahmánica. Intentaron destruir el buddhismo, y por último lo expulsaron de la India.

Por otro respecto, es la capacidad intelectual de los brahmanes, la que ha conservado hasta hoy estas enseñanzas, y las enseñanzas ocultas. Actualmente recibimos estas escrituras de manos de los brahmanes.

Existe una interesante leyenda que dice que la primera raza solar fue blanca, de manera que quizás las sub-razas de que hemos hablado podrían mejor llamarse rojo-blancas, o morenas o amarillo-blancas. Esto, sin embargo, parece apenas tocar el asunto propuesto.

J. M. S.

Pregunta: Quiero aventurar una pregunta sobre la importante cuestión de los ciclos en las reencarnaciones. Se nos ha dicho que ciertos periodos brillantes en la vida de una nación son debidos a que encarnan en ella los grandes artistas de pasados tiempos. Generalizando hasta cierto grado esa afirmación, podríamos decir que un gran artista de otros tiempos continúa siéndolo en las reencarnaciones posteriores. Será esto cierto? Si lo fuere, qué se efectúa, entonces, en el Devachan? Si se aprendieron realmente las lecciones de una vida artística, no tornará el individuo en muy diferentes condiciones, por ejemplo, de sacerdote, para aprender, una nueva clase de lecciones?

Respuesta: Será prudente especular sobre la reencarnación sin saber lo suficiente de ella? Qué es un artista? ¿No es uno que expresa una revelación de la belleza? Pero siendo la belleza tan infinita

como Dios, así sus expresiones son infinitamente variadas. Todos nosotros tenemos el destino de convertirnos en artistas expresando en nuestras vidas la belleza de la santidad, la belleza de divina perfección. De esta manera el perfecto sacerdote debe también ser artista.

C. J.

Respuesta: ¿No se da por supuesto que una lección se aprende en una sola encarnación? Quizás sea así. Sin embargo, nunca he leído semejante afirmación. ¿Pero demuestran los artistas un desapego tal de sus obras que nos sea dado presumir que sus deseos no los atraerán más a similares experiencias en otras encarnaciones? ¿No puede haber progreso de excelencia artística en sucesivas encarnaciones, de manera que un artista, sólo un principiante en la civilización cretense, floreciera como genio consumado, algún tiempo después, durante el presente período europeo? Tal vez únicamente después de consumado en su arte sería capaz de asimilar la lección y pasar a nuevas experiencias.

A. W.

Respuesta: Probablemente, si se tomara el trabajo de buscarla, encontraría la respuesta en la *Doctrina Secreta*. ¿Pero la pregunta no sugiere demasiada acentuación sobre lo individual? ¿Se recuerda que en el *Océano de la Teosofía* y la *Doctrina Secreta* mucho se recalcó sobre la reencarnación de grupos? Conforme a *Luz en el Sendero*, por qué no puede un gran guerrero de cierto grupo ser otra cosa en una próxima encarnación? Estamos, acaso, en condiciones de juzgar los beneficios y oportunidades de una cualquiera posición especial en la vida? Si sustituimos el grupo por lo individual, tendremos necesidad de preocuparnos por lo que sucede en Devachan? El símil de los peldaños de una escala de *Luz en el Sendero*, puede ayudar al preguntante a encontrar la respuesta.

G. V. S. M.

LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica

Canónigos a Esperanza número 38

CARACAS

<p>LA VOZ DE LA INDIA.....B. 1,50</p> <p>FILOSOFIA DE LA ALIMENTACION. 2,50</p> <p>EL HOMBRE Y SUS CUERPOS..... 2.</p> <p>LUZ EN EL SENDERO..... 1,50</p> <p>LA VOZ DEL SILENCIO..... 1,50</p> <p>DOCTRINA DEL CORAZON..... 1,50</p> <p>EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA..... 2.</p> <p>VEGETARISMO Y OCULTISMO..... 75</p> <p>LA CLAVE DE LA TEOSOFIA..... 6.</p> <p>EL RESPETO A TODO SER VIVIENTE EL HOMBRE; FRAGMENTO DE UNA HISTORIA OLVIDADA..... 3.</p> <p>NUESTRA RELACION CON LOS NIÑOS..... 75</p> <p>HACIA EL TEMPLO..... 3,25</p> <p>REENCARNACION EN EL NUEVO TESTAMENTO..... 1,25</p> <p>EL SISTEMA AL CUAL PERTENECEMOS..... 1.</p> <p>CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO..... 2.</p> <p>APOLONIO DE ITANA..... 2,50</p> <p>PITAGORAS..... 4.</p> <p>BHAGAVAD GILA..... 3.</p> <p>EL DESPERTAR..... 2.</p> <p>LA INICIACION..... 3,50</p> <p>LO QUE ES LA TEOSOFIA..... 2,50</p> <p>EL UMBRAL DEL MISTERIO..... 4.</p> <p>FILOSOFO AUTODIDACTO..... 4.</p> <p>EL BUDDHISMO ESOTERICO..... 2,50</p> <p>EL MUNDO OCULTO..... 8.</p> <p>PROTECTORES INVISIBLES..... 3.</p> <p>MANUAL TEOSOFICO Y CONSTITUCION SEPTENARIA..... 2.</p> <p>CIENCIA OCULTA EN LA MEDICINA MAGIA BLANCA Y NEGRA..... 2,50</p> <p>LOS TRES SENDEROS DE PERFECCION..... 5.</p> <p>LEYES DEL DESTINO..... 2,50</p> <p>EL CRISTIANISMO ESOTERICO..... 4.</p> <p>SIETE GRANDES RELIGIONES..... 6.</p> <p>EN ARMONIA CON EL INFINITO..... 4.</p> <p>LOS GRANDES INICIADOS..... 8.</p> <p>LEYES DE LA VIDA SUPERIOR..... 1,50</p> <p>A LOS PIES DEL MAESTRO..... 2,50</p> <p>EDUCACION DE LA VOLUNTAD..... 5.</p> <p>CARTAS ROSACRUZES..... 2.</p> <p>POR LAS PUERTAS DE ORO..... 3.</p> <p>MAGIA EGIPCIA..... 2.</p>	<p>EL SELLO DE SALOMON.....B. 2,50</p> <p>MORALISTAS GRIEGOS..... 4.</p> <p>GUIRNALDAS DE AMOR..... 2.</p> <p>DEUDA FATAL..... 4.</p> <p>TRAGEDIAS DE ESCHILO..... 4.</p> <p>SABIDURIA DE LOS UPANISHAD.. 2.</p> <p>CONFUCIO..... 1.</p> <p>FILOSOFIA ESOTERICA DE LA INDIA..... 2,50</p> <p>VISLUMBRES DE OCULTISMO..... 8.</p> <p>LA MEMORIA DE LOS NACIMIENTOS PASADOS..... 1,25</p> <p>COCINA VEGETARIANA..... 4.</p> <p>EL TESORO DE LOS HUMILDES. ZANONI..... 1,50</p> <p>LA RAZA FUTURA..... 8.</p> <p>CARTAS QUE ME HAN AYUDADO.. 4.</p> <p>EL CORAN..... 4.</p> <p>HACIA LA GNOSIS..... 4.</p> <p>JUNTO AL HOGAR..... 4.</p> <p>SENECA..... 4.</p> <p>OJEADAS EN EL SANTUARIO..... 4.</p> <p>EL DHAMMAPADA Y EL NARADA SUTRA..... 3,25</p> <p>CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIENCIA..... 2,50</p> <p>LA BARBARIE CRISTIANA EN EUROPA..... 1,50</p> <p>FRATERNIDAD LEY DE LA NATURALEZA..... 1,50</p> <p>VISLUMBRES DE OCULTISMO(TELA)..... 2.</p> <p>BOSQUEJOS TEOSOFICOS..... 1,50</p> <p>ECOS DEL ORIENTE..... 1,50</p> <p>LA SABIDURIA ANTIGUA..... 5.</p> <p>LA INICIACION..... 3,50</p> <p>EL PLANO ASTRAL Y EL DEVACHAN FORMAS DEL PENSAMIENTO EN COLORES..... 14.</p> <p>EL HOMBRE VISIBLE E INVISIBLE (COLORES)..... 13.</p> <p>KARMA..... 15,00</p> <p>VIDA DE JEHOHUA..... 6.</p> <p>HISTORIA DE LOS ATLANTES..... 6.</p> <p>LA PERDIDA LEMURIA..... 6.</p> <p>EL MAS ALLA DE LA MUERTE..... 5.</p> <p>A LOS QUE SUFREN..... 2.</p> <p>LA DOCTRINA SECRETA (2 TOMOS PASTA DE LUJO)..... 80.</p> <p>ISIS SIN VELO (3 TOMOS)..... 30.</p>
--	---

NOTA.—No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su respectivo importe.

Para encargos dirigirse al señor Miguel Benzo.